

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIII

Marzo de 1946

Núm. 249

VISITACION
de IMPRENTAS Y BIBLIOTECAS
MAY 27 1946
DEPOSITO LEGAL

Domingo Melfi

«Atenea» ofrece en este número, el homenaje de emocionado recuerdo, de sus amigos y compañeros de letras, al noble espíritu de Domingo Melfi, el ilustre escritor que durante quince años, dirigiera esta revista y luchara toda su vida por enaltecer y dignificar a los escritores de esta tierra.



DOMINGO MELFI

Enrique Molina

Domingo Melfi

La inesperada noticia del fallecimiento de Domingo Melfi me sacudió, me consternó, como pudiera hacerlo una tormenta repentina que trae oscuridad, confusión y dolor. Y a las tormentas de la muerte no hay sol que las disipe con rapidez sino que entran a ser, como los grandes pesares, huéspedes íntimos y permanentes del alma que, con su herida adentro, sigue en lo exterior deambulando como siempre.

Y es lo que nos pasará con el deceso de Domingo Melfi. Los lazos de afecto que nos unían empezaron a trenzarse hace cuarenta años. Fué el primer día que llegué al Liceo de Talca en una clara y tibia tarde de mayo de 1905 en desempeño de mi cargo de rector para que estaba recién nombrado. El liceo se hallaba, desde algún tiempo, en alarmante desorganización. La indisciplina de los alumnos era insoportable; vivían en continuas sublevaciones y algunos días había tenido que acudir fuerza armada para mantener el orden en

el establecimiento y en los alrededores. De manera que la tarea para mí no era fácil, y fué ruda en efecto.

A poco de haber sido nombrado y cuando el decreto de mi nombramiento no se hallaba aún del todo tramitado llegaban diariamente a Santiago, al Ministerio de Educación, telegramas del Intendente de la Provincia reclamando que me fuera a hacer cargo cuanto antes de mi puesto, porque el desorden era inaguantable. Ese día de mayo el Intendente, que era el distinguido caballero don Valentín del Campo, me condujo al liceo; pero tan poca confianza tenía en la muchachada estudiantil que no se atrevió a entrar y me dejó solo en la puerta, en manos del rector accidental, el profesor don Manuel Yáñez. Acompañado de éste, para recorrer el establecimiento, que era un viejo caserón, penetré en el primer patio, amplio, con corredores por los cuatro lados, de bajas y vetustas construcciones de un piso. No era la entrada del domador a la jaula de las fieras porque yo no iba con tal ánimo, sino con el de amigo cordial, cordial sí, pero a la vez firme. Al avanzar por el corredor más inmediato a la oficina de donde habíamos salido, un grupo de alumnos partió a nuestro encuentro corriendo desde el otro extremo del patio. A la cabeza de ellos venía un muchacho de figura esbelta y fisonomía agraciada que gritaba más que todos: ¡Viva don Enrique Molina! Era Domingo. Podía estimar por mi parte buen augurio y muy halagador el recibimiento, y había tanta simpatía, tanta sana juventud y tanto calor espontáneo en la actitud

de Domingo que de buenas ganas le hubiera dado un abrazo; pero la situación era delicada y preferí contenerme. Mil gracias, amigos míos, les dije, mas si ustedes están contentos con mi llegada la mejor manera de probármela es mantenerse en orden, y vuelvan tranquilamente a sus lugares. Así mi iniciación en el Liceo de Talca, período que cuenta mucho en mi vida, quedó indeleblemente ligada al recuerdo de Domingo.

Entre las innovaciones del nuevo régimen que implantamos en el liceo, Alejandro Venegas como vicerrector, y yo, figuraron las charlas literarias semanales organizadas por Venegas. Estas reuniones literario-musicales fueron una novedad en Talca y tuvieron un gran éxito. La sociedad talquina llenaba todas las semanas el salón en que se celebraban. En ellas tuvo Domingo una actuación destacada. Leyó ahí sus primeros ensayos intelectuales y se dió a conocer como declamador de notables cualidades. El donaire de su bella presencia, su adecuado accionar, su voz agradable y bien timbrada, su clara elocución y el acento emocional que sabía comunicar a sus palabras hicieron de las declamaciones de Domingo uno de los números más atrayentes de las charlas del Liceo.

Domingo fué de esa brillante pléyade de jóvenes que se formó en aquellos años en el Liceo de Talca y que con tanto éxito ha actuado después en la intelectualidad chilena. Bastaría con citar a su lado a Armando Donoso, perdido ya, por desgracia, para las letras y para sus amigos, a Mariano Latorre, figura de

primera magnitud en la novelística americana, a Arturo Torres Ríoseco y Roberto Mesa Fuentes, poetas de renombre continental, a Anibal Jara, periodista y hombre público de proficua labor en el país y en el extranjero, al inteligente y dinámico escritor Armando Rojas C., a un jurisconsulto y político como Ernesto Barros Jarpa, a políticos como Eliecer Mejías, Gustavo Jirón y Manuel Bart; a un ingeniero de tan acertada participación en la vida pública como Ricardo Bascuñán Stönnner.

Que Domingo siguiera, hasta graduarse, una carrera para la cual no tenía vocación constituyó un testimonio de su gran sentido del deber, de su capacidad de estudio y de su carácter. Pero luego predominó en él, irresistible, el llamado del espíritu.

Fué como la irrupción de un primer amor que, sofocado un tiempo, estalla incontenible y se le abraza cualesquiera que sean los sacrificios que han de sobrevenir. Dejó, pues, las herramientas de la odontología y tomó definitivamente la pluma. Fué primero periodista en Talca y luego se trasladó a Santiago donde ocupó pronto, entre los hombres de letras el lugar de honor que le correspondía. Contribuyeron a situarlo ventajosamente no sólo su preparación y sus dotes de escritor sino también su don de gentes, su amplitud y serenidad de espíritu y la elevación de su carácter.

Comprobó estas cualidades suyas durante los años que estuvo a cargo de la revista «Atenea», que fueron alrededor de quince, y como Director de «La Na-

ción», diario en que empezó a servir como crítico literario. La crítica formó una de sus actividades predilectas y fué un crítico ejemplar por su ilustración y la ecuanimidad, mesura y sagacidad de su inteligencia.

En «Atenea», fuera de otras colaboraciones, escribió, mes a mes, los «Puntos de Vista». En éstos se miraban los problemas desde muy alto, de manera que no había posibilidad de ver pequeñeces, salvo para fustigarlas.

Con sentido profundamente comprensivo y generoso, y a menudo también esgrimiendo las censuras del moralista indignado, abordaba Domingo cuanto asunto se presentaba de interés para la humanidad, para las Américas, para nuestra patria. Eran objeto de su particular preocupación las inquietudes de la juventud, las cuitas de los escritores y las miserias y dolores del pueblo: en pocas palabras, los anhelos de justicia, de progreso, de rectitud, de moralidad.

A pesar de las ocupaciones que debía atender y de haber sido arrebatado tan prematuramente a la vida, nos ha dejado Domingo una obra literaria abundante y valiosa. En 1934 obtuvo el premio literario «Atenea» por su libro «Pacífico-Atlántico». Su última producción fué la edición definitiva de «Tiempos de Tormenta», esa especie de magnífico fresco mural en que, tomando como motivo el remate de una gran mansión santiaguina, nos traza un cuadro tan conmovedor, tan desgarrador, de las crisis de la aristocracia chilena desde los últimos decenios del siglo pasado.

Mientras he estado escribiendo estos recuerdos e impresiones he tenido a la vez oprimido el pecho por el sentimiento de que no volveré a ver más a Domingo. Me parece imposible; la viva imagen que guardo del amigo se resiste a creerlo; pero la implacable realidad me lo repite. Qué gratos eran mis encuentros con él en Santiago, donde Nascimento, en su oficina de «La Nación», o en cualquier parte. Me imagino que lo estoy viendo. Había en su postura algo de noble mosquetero, algo de un Artagnan o de un Athos extraviado fuera de su tiempo nostálgico de edades heroicas ya extinguidas. Así se acercaba a mí con su mirada a la vez lejana, afectuosa y soñadora, con su sonrisa abierta y leal, y nos abrazábamos estrechamente. Y esto no volverá a ocurrir nunca más. El destino inexorable, muralla del misterio, no lo permite. Así vivimos y así vamos pasando con el alma dolorida suspendida al borde del abismo.

Luis Orrego Luco

Domingo Melfi

IMPRESIONES Y RECUERDOS

Antes de conocerle leí varios de sus artículos, en los cuales se anunciaba personalidad vigorosa, claridad de inteligencia y la fuerte línea intelectual y moral que lo constituirían, destacándolo entre los jóvenes más brillantes de la nueva generación. Andando el tiempo, hube de conocerle y apreciarle personalmente en su verdadero valer, que era considerable. De figura simpática y atrayente, revelaba pronto vastísima cultura literaria y grandes condiciones de honradez moral, exenta de preocupaciones y de exageraciones, criterio tranquilo y sereno, amor a las letras, y la superioridad de juicio que había de conquistarle un puesto de primer orden entre los críticos que conocemos.

El concepto de la crítica es uno de los que han sufrido mayores alteraciones en la escala de los valores humanos. En tiempos antiguos dominaba el tipo del crítico pequeño, de Zoilo criticando a Homero por ápices y menudencias de las cuales jamás se encuentra

exenta la obra de los hombres por valiosa que sea. En España, hasta no hace mucho, predominaba en la crítica el criterio pequeño de minucias gramaticales. Pero andando el tiempo, comenzó a predominar en el mundo el criterio amplio de Montaigne, de Voltaire y Diderot en Francia, de Goethe y Schiller en Alemania, de Maccaulay y Matthew Arnold en Inglaterra, de Saint-Beuve, Taine y Brunetièrre en Francia, de Valera y Menéndez Pelayo en España. La crítica se transformaba tomando inmenso vuelo y trataba de penetrar en el alma de los libros, hasta raíces y causas en historia. Estudiaba el medio, los personajes y la acción social de una novela. Ahondaba, profundizaba cada vez más, transformando el libro en impresión de un mundo oculto y misterioso que iba surgiendo del fondo de las aguas como ciudades desaparecidas, como esos continentes devorados por los mares. Los críticos chilenos de antaño, como Rómulo Mandiola, Pedro Cruz, vivían enredados en minucias gramaticales y aplastados por preocupaciones religiosas que perturbaban su criterio. La nueva crítica supo elevarse y ampliar sus horizontes, siguiendo los ejemplos europeos, como hacen los críticos modernos.

A esta nueva y noble crítica moderna pertenecía Domingo Melfi. En sus apreciaciones penetraba hasta el fondo de una época y de un libro, estudiaba el medio, consideraba los personajes en las realidades de la vida chilena, los veía moverse, agitarse apasionados o indiferentes, sometidos a la presión de intereses y de

codicias, de vanidades y de amores. No veía un mundo ideal, que no existe, sino un mundo real, de pequeñeces, de rivalidades o de luchas.

Lo que interesaba a Melfi, más que el volumen, era el trozo de vida nueva que él encerraba, las luchas o pasiones de sus personajes, la evolución del medio. Y su crítica tomaba el interés de un naturalista examinando las especies raras encerradas en las colecciones y contempladas a través de un vidrio.

Andando el tiempo, de manera insensible, me sentí atraído personalmente por la naturaleza tan simpática y bondadosa de Domingo Melfi. Le admiraba como escritor brillante y concreto, y crítico de primer orden; pude apreciarlo, ya de cerca, por la nobleza de su alma, exenta de rivalidades, de prejuicios y de pasiones tan frecuentes en los escritores jóvenes.

En la vida resaltaba constantemente la superioridad de su alma y de sus juicios.

Cuando Melfi llegó a conocer el puerto de Constitución, salimos algunas veces en bote, por el río, y contemplamos juntos aquellos paisajes de belleza imponderable y apacible. Comprendí entonces, por sus impresiones, que teníamos una manera semejante de sentir la naturaleza, de fundirnos en el paisaje. También comprendíamos, en forma parecida, a los hombres.

Ha desaparecido temprano, cuando podíamos esperar muchas hermosas y nobles páginas de su pluma. Su vida, recta y de una sola línea, merecía la divisa del Caballero Bayardo: «Sin miedo y sin reproche».

Melfi, o la dignidad en literatura (1)

Había en el escritor que acaban de perder las letras nacionales una línea profunda, que hoy despojado de accidentes, reducido a sí mismo, «tel qu'en lui même, enfin, l'éternité le change», aparece como línea esencial que impone sello a su compleja fisonomía.

Es el sentimiento de la dignidad literaria.

No estábamos siempre de acuerdo con las ideas de Domingo Melfi. Tomar caminos diferentes, uno el más corto, otro el más seguro, puede apartar a dos que al mismo tiempo se dirigen hacia el mismo horizonte. Alguna vez combatimos sus juicios históricos y puntualizamos nuestra divergencia; siempre, delante de él, sentimos lo que no siempre acompaña ni aun al acuerdo o a la coincidencia de opiniones: el respeto.

Y es que él se respetaba y no habría podido nunca descender, en sus relaciones con el público, a ciertas familiaridades improvisadas, por desgracia demasiado

(1) De Zig-Zag.

frecuentes en un círculo de donde debían estar particularmente excluidas.

Las letras para Domingo Melfi constituían algo serio.

Y serio, acaso, en más de un sentido, incluso en uno, íntimo personal, de conflicto, que la muerte ha venido a decidir.

Domingo Melfi, dentro del terreno artístico y puramente literario, no dió toda su medida, no se definió de un modo terminante, siempre tuvo algo de incierto y un poco flotante, como si ocupara una zona ambigua entre dos géneros y nunca se resolviera a plantar su tienda o edificar su casa definitivamente. Se le sentía poeta, se le veía acercarse al novelista; una vez allí, el pensador le cogía y llevaba rumbo al ensayo, es decir, a lo que exige menos marco, a lo que permite vagar y divagar sin término. Ese gran problema del escritor, problema que, ciertamente, serviría de tema a un ensayo, encontrarse a sí mismo, descubrirse y fijarse, él anduvo siempre abordándolo por un lado o por otro y dirigiéndole miradas pensativas, a veces desengañadas. Parecía que su situación y su edad iban a imponerle una obra maciza, fundamental. Tenía, aparentemente, todos los elementos. Pero, ¿quién sabe nada de nadie? ¿Quién imagina siquiera el momento en que oirá el llamado sin réplica?

A él le llegó cuando, justamente, había publicado su undécimo volumen: «Tiempos de Tormenta», meditaciones en el remate de un viejo palacio santiaguino.

Un libro como otro de los suyos, hecho con artículos publicados, muy bello a trozos, no orgánico ni nuevo en total, no creado de pies a cabeza para ser libro.

Acaso sentía, desde antiguo, el mal oculto que se lo ha llevado sorpresivamente.

El hecho es que aun los títulos de sus obras, detalle tan revelador, sugieren algo intermedio, algo que pasa y fluye, compuesto a veces de términos: «Dictadura y Mansedumbre», «Pacífico-Atlántico», que se afrontan, equilibrándose, sin estabilidad; o que evocan de inmediato el movimiento, «El Viaje Literario», o, más explícitos o decidores, dan la fórmula de su visión del espíritu: «Sin Brújula» (ensayo, 1932), «Indecisión y Desengaño de la Juventud» (ensayo, 1935). Palabras que se inclinan al lado de la melancolía, como de persona que siente adentro una pesadumbre, pero sin saber exactamente dónde, y de qué se lamenta. Hasta los deslumbramientos ante la naturaleza se coloreaban en Melfi de cierta inquietud desoladora, como se ve en el más poético de sus libros, cuyas páginas alcanzan una expresión de belleza cabal: «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas».

La crítica literaria de Domingo Melfi derivaba siempre hacia el ensayo de tipo social; le interesaba menos la valorización estética y el asignar a cada uno su rango, definiéndolo, que seguir las prolongaciones del autor hacia el terreno de las costumbres, de los hechos morales, políticos y económicos, deteniéndose en

la contemplación de la decadencia, la nuestra y la universal.

Había en él un poeta elegíaco.

No se le recuerdan tonos enérgicos, apóstrofes vibrantes ni condenaciones violentas.

Nada de aquello le pertenecía.

Tampoco lo que hubiera menoscabado su sentimiento fundamental de la dignidad: el ataque directo a la persona, la pequeña alusión envenenada e íntima, sin grandeza. Aunque ubicado determinadamente en un sector, y hombre, si no de lucha, manteníase dentro de un plano de serenidad que hacía bien, que levantaba y purificaba el ambiente.

Va a hacer mucha falta.

Necesitamos cada día más esas lecciones sensibles de elevación moral y decencia literaria.

Un falso concepto de la libertad estética y del espíritu de avanzada abre paso a la improvisación incoherente, al desenfado, y despreciativo de las formas, aun en los centros destinados a preservarlas. Ostentaciones de una erudición cuantitativa, sin nada orgánico, usurpan el sitio de la cultura verdadera, madurada por la sensibilidad, dirigida por el gusto, fruto de la honradez y la disciplina.

No siempre los que sientan cátedra magistral son los que enseñan.

Domingo Melfi, llevado a las letras por vocación irresistible, evadido a una ocupación profesional, puso en ellas su temperamento de raza antigua, y trabajó en

profundidad. La anécdota le servía para ir más lejos. Seducíale, como a real artista, el trabajo del estilo, y páginas suyas hay en que la pintura, una mezcla de acuarela nítida alternada con diluídos pasteles de suaves tintes, se mezcla al ritmo de la frase, musicalmente orquestada y acompaña al pensamiento sugiriendo lo que no cabe expresar y haciéndolo desbordarse hacia la zona impenetrable.

Produjo constantemente.

En diarios, revistas, folletos y libros quedan sus reflexiones, sus comentarios, sus críticas y ciertos cuadros, como los del remate del viejo palacio santiaguino, cuya clasificación resulta difícil: son intentos de novela, la historia de un personaje abstracto, cualquier vieja residencia aristocrática y sus tesoros domésticos, largamente acumulados, que van a dispersarse, a través de escenas donde el pensador se complace y vemos vacilar y pasarse mutuamente el papel al novelista y al moralista.

En esa abundante producción, al hilo de los días, no se encuentra, sin embargo, un solo descenso.

La dignidad más estricta la preside.

Una dignidad natural, no calculada, un sentimiento de honor literario que venía de adentro y lo colocaba, por ley espontánea, en sitio aparte, libre de la vulgaridad que se toma a sí misma por ingenio y audacia, dos tentaciones en las cuales el periodismo literario suele caer con demasiada frecuencia. Y es que Melfi rebasaba la órbita periodística. Habría necesitado otro

ambiente, medios de llevar una vida refinada, de tener una compañía selecta, estimulante. Acaso la ausencia de todo ello reflejaba en su fisonomía el habitual desencanto, la sonrisa sin alegría y esa como indiferencia resignada o escéptica a que volvía, casi siempre, buscando como un centro, su rostro fatigado.

Las letras nacionales han perdido a un maestro cuya lección última no alcanzaron a oír, pero que fluye ahora de su existencia con una dignidad definitiva.

Melfi y los otros y nosotros

Morir es una lección que no se enseña y que no se aprende [ay] de una vez por todas.

Vivimos no desaprensivamente puesto que la subconciencia hace contrapunto a nuestros actos, mas estos son fútiles y, sin embargo, les asignamos decisiva importancia hasta que cierto día entre los días pero también único entre todos los días, un dedo invisible toca en la frente a uno de nosotros y lo señala. Entonces sobreviene en él una comprensión extraña y aún los demás piensan cosas que sabían sin saberlo y atisban ese círculo donde el Dante condenaba a aquellos que lloraron pudiendo haber reído.

Domingo Melfi era amable en la acepción convencional y en la de ser digno de amor, cuya es la verdadera, ya que hasta las más fáciles palabras tienen un hondo y doble sentido oculto. Así, fué amado entre los suyos y en esa extensión familiar que nuestros amigos constituyen. Pero su pálido destino proyectaba sobre él una melancolía lunar. Sigo oyendo en tono de

violoncello su voz que ningún oído volverá a percibir, retenida y evocada por nuestra memoria auditiva como por un ensalmo. Sigo viendo sus ojos, cerrados ya a toda claridad y a toda tiniebla, y su mirada que provenía de no sé qué penumbra. Su frente preñada de ideas que con él murieron sin haber nacido. Sigo considerando el enigma de cada hombre, que ninguno ni nadie logra descifrar, siendo la vida una cifra sólo combinable con la muerte.

Entretanto la reducida caravana de esta generación de escritores, hace un alto en el desierto sin fin y agrúpase desolada y desconsolada en torno del caído: Domingo Melfi; de los caídos en breves días: Armando Donoso y Januario Espinosa. Sus claros y preclaros nombres sonaban junto con los nuestros y en conjunto con los nuestros resouarán hacia ese incierto mañana donde tal vez no tengan eco y donde seguramente ha de desvanecerse hasta la sombra de nuestra borrosa imagen.

Dichato, febrero de 1946.

Carlos Prendez Saldías

Domingo Melfi

Difícilmente podría hallarse entre los escritores chilenos uno de actitud más serena ante la vida que Domingo Melfi.

Fuí su amigo durante treinta años y quiero pensar, ahora que su espíritu está marcado con la ceniza del misterio, que fuí yo el culpable de nuestro distanciamiento. No quiero sostener ante su muerte una actitud irreductible.

Serenidad de mozo ilusionado y firme serenidad de varón que ha sufrido todos los sinsabores; no tuvo jamás a flor de labio la palabra de condenación que yo digo en cada hora de mis días frente a la pobreza moral de mi tierra. Apenas si una sonrisa despectiva; o una frase irónica suya, castigaba al gobernante mediocre cuya insignificancia dañina era muy a menudo el tema candente en el bullicioso corrillo de escritores. Ponía en sus actitudes la elegancia del desengañado permanente que no tiene fe en la enmienda colectiva,

y más de una vez le oí decir que sólo de las generaciones venideras podría esperarse algo noble.

Pero si Melfi no fué hombre de arrebatos fustigadores, en su apacible retiro escribió esas páginas enjundiosas de «Dictadura y mansedumbre» e «Indecisión y desengaño de la juventud», en que afirma de manera rotunda sus ideales democráticos y abre generosos horizontes de patriotismo.

Su labor de crítico literario, que no es escasa, estuvo siempre destinada a impulsar vocaciones que él creía fuertes y sinceras. Sólo después de buscar y rebuscar—y temo que esa faena resulte infructuosa para quien la intente— podría darse con alguna página en que asome la reprimenda del magister.

Yo que le conocí profundamente, que compartí en diaria fraternidad sus luchas, sus vacilaciones y sus anhelos de escritor, puedo afirmar como nadie que la crítica literaria no le atraía, que la consideraba oficio menor, y que sólo llegó a ella porque creía que no se habían fijado con justicia los valores de nuestra literatura.

No es mi ánimo hacer una biografía, ni siquiera una breve silueta, de quien escribiera esas páginas perdurables de «El hombre y la soledad en las tierras magallánicas». Sólo he querido dejar, en estas líneas escritas entre los cerros quemantes de Aconcagua, mi angustiado recuerdo para quien fuera el compañero de mi juventud enardecida.

Jahuel, Febrero 21 de 1946.

Domingo Melfi, íntimo (1)

Llegó muy niño a Talca, con sus padres, de nacionalidad italiana, pero nada tenía de lo que es corriente observar entre los hijos de la gloriosa nación mediterránea: ni vehemencia ni facundia; ni las actitudes teatrales, ni la pasión por el canto. Ello dió lugar para que yo le dijera, discurseando, en un almuerzo que le ofrecíamos los escritores: «—Estoy por creer que Domingo, con su serenidad trascendente, con su bonhomía y sus modales siempre tranquilos, ha nacido en Suecia o en Dinamarca, en todo caso muy lejos de Roma».

Apareció en la literatura con unos ensayos, especie de semblanzas de grandes escritores, que publicó en la segunda época de «Pluma y Lápiz» (1912). Había venido adolescente a la capital para seguir una carrera universitaria y recibió un título para una profesión que no ejerció nunca. Aquellos artículos lo revelaron como

(1) El novelista Januario Espinoza, publicó este artículo en «Las Últimas Noticias», el 15 de enero del presente año, o sea 22 días antes de su fallecimiento, pues Januario murió en la mañana del 7 de febrero.

un escritor de primera fila: su madurez de juicio, su estilo cuidado y armonioso quedaron fijados desde el primer día. Pero últimamente había ganado en gracia y fluidez, en el don de la ironía, y no hay duda de que su «Viaje Literario», dado a luz a mediados de 1944, es lo mejor que saliera de su pluma,

Cuando se fijó en la capital, sólo amigos encontró entre los escritores: no podía sino estimársele por la bondad que fluía de su persona, por su benevolencia para juzgar a los otros: nunca se le vió ejercer ese espíritu destructor que a buen número de intelectuales anima, o sea el afán de aminorar a los compañeros para elevarse ellos mismos. Pero fué con Mariano Larre, con Jerónimo Lagos, con Benedicto Chuaqui, con Ernesto Montenegro, con Luis Durand con los que cultivó una amistad más estrecha. Si alguien lanzaba un chiste, lo celebraba con una risa franca, pero de opaco tono. Y ante la maledicencia, marcaba su desagrado con un gesto expresivo, o sonreía con lástima.

Cuando, en 1932, se fundó la Sociedad de Escritores, hubo general asentimiento para elegirlo presidente: era el que más unía a un gremio en que las disensiones son frecuentes, y en donde fácilmente se forman grupos hostiles, que se gruñen. Y ahí estuvo muy bien con sus gentiles modos, con su don de probidad que era como su segunda naturaleza.

Los que fuimos sus amigos no podíamos sino tenerlo en la estimación más alta. Acercarse a él era como entrar a una atmósfera limpia, en donde la vida se hace

más liviana, su sonrisa amable borraba toda amargura, sus palabras benévolas barrían con todo sedimento venenoso. Algo—antepasados gloriosos, una nobleza antigua y sin fallas—le comunicaba cierta superioridad indis utilible.

Y la muerte vino hacia él con pasos de silencio, en medio de un sueño tranquilo: fué la eutanasia que merecen los hombres que lograron dejar tras de sí una simpatía profunda.

J. Lagos Lisboa

Evocación provinciana

Con Domingo Melfi desaparece un espíritu penetrante y jovial. Amó la vida y los sueños, buscando en aquélla sus luces más vivas y en éstos sus más puros latidos.

Era un alma fresca y esperanzada, predispuesta al devenir ineluctable, cierta de superar los embates intermitentes de las nuevas marejadas y de alcanzar el resplandor de otras amanecidas.

Alegre o taciturno, siempre hubo en él, en el fondo de él, una reserva de seguridad y optimismo contagiosos. Su presencia y sus palabras hacían bien, porque de ellas trascendía la evidencia de ilusiones en vigilia permanente.

Le conocí en los albores de sus escauceos literarios, aquí, en Santiago, para hallarle después en Talca e intimar en comunidad de afectos e ideales durante largos años. El recogimiento de la vida provinciana aquilata y transparenta las calidades humanas. Allí, en un grupo de cuatro o cinco amigos, allegamos comunes afanes

y nos comprendimos. Allí vimos desmadejarse nuestros mejores años y nuestros mejores sueños, marginados apenas por el comentario displicente o ilusionado de todos los días, ya en los crepúsculos de la Plaza o a la orilla de los ríos, o ya en la tertulia de una sala de redacción.

Aníbal Jara ha evocado con serenas pero nostálgicas palabras aquellas lejanas horas del «café de la media noche», allá en «La Actualidad», el diario que él redactara, y adonde solía llegar, recién venida de sus predios ribereños, plena de simpatía y a estampa maulina de Jorge González.

Por aquel tiempo, Domingo compartía sus horas en el ejercicio de su profesión y la lectura. Novelas y poesía. Lo de Francia, especialmente. Y la necesidad de leer llegó a imponérsele en tal forma que acabó por dejar sus labores dentísticas para dedicarse sólo a las letras. Ingresó, así, a la redacción de «La Mañana» y dirigió poco después «La Zona Central». La base de su extensa cultura literaria se la formó en Talca, en donde leyó y leyó incansablemente.

Elegante en su figura y en su verba, suscitaba en torno suyo simpatías y admiración. Leía y recitaba muy bien. Su voz llegaba al auditorio, velada, casi sin timbre, como si antes de percibírsela hubiérase humedecido en íntimas zonas. Las mujeres le escuchaban conmovidas los versos de Villaspesa, uno de sus poetas dilectos de aquellos días y a quien más tarde habíamos de conocer personalmente en Talca.

Gustábale caminar por arbolados y carreteras, pero al mismo tiempo esto solía resultarle mortificante para su cuidadoso vestir. En los frecuentes paseos al río Claro, a cada media cuadra del ancho camino polvoroso, Domingo se detenía a sacudirse el traje y los botines, protestando de nuestra malévolos intención de reempolvarlo aun más taconeando festivamente a su lado.

Un día Jorge González nos escribió invitándonos a una cacería de leones. Los felinos estaban asolando la región y urgía el exterminio. Se fijó el día de la partida y preparamos los arreos del caso. Aníbal Jara despachó previamente un fotógrafo de «La Mañana» a esperarnos en casa de Jorge, listo para seguirnos y captar los más espeluznantes detalles de nuestras presuntas hazañas cinegéticas por las quebradas y serranías del ultra Maule.

Y una mañana de primavera, Jara y yo, bien apearados de poncho y polainas de montar, llegamos a la Estación a tomar el tren a Infiernillo. Luego llegó Domingo. Venía impecable: tenida azul-marino, flamante; zapatón rebajado (una novedad en aquel entonces) y calcetines de seda...

Menos mal que el almacén de prodigalidades de Jorge proveería más tarde el equipo adecuado.

Poeta de la prosa, sensitivo y vibrante, catador feliz de la realidad y el ensueño, artista predestinado

para altos vuelos, amigo cordial, ha caído cuando había esperar lo mejor de su obra. Cuando su madurez creadora y su serenidad mental debían, lógicamente, superar sus valiosas experiencias anteriores como crítico y como ensayista.

Rebeca Recabarren

Domingo Melfi

Si fuera necesario incorporarse a uno de los sectores intelectuales en los cuales influyó la personalidad del señor Melfi, para expresar el sentimiento fino y agudo causado por su muerte, escribiría mi nombre entre aquellos que muchas veces, en marcha esforzada de vida, se detendrán un momento, respirarán hondo, alzarán la cabeza mirando con ojos entrecerrados y tenaces el camino que se abre como una proyección de los propios pasos y para renovar energías, volverán la mirada en el recuerdo, hacia quien les dió confianza en sí mismos y dirán: ¡Gracias, señor Melfi!

Voces sobradamente autorizadas, han trazado los contornos de la silueta de escritor y periodista de don Domingo y han puesto en orden vertical, su obra de líneas sobrias, elegantes, encerrando una acallada y latente pesadumbre. Pero la obra que un hombre deja morir, es lo que el tiempo y las circunstancias le permitieron entregar. Lo que se ha ido durmiendo en el fondo de su ser, doblegado por el tiempo, como un

vasto campo de espigas bajo la mano del viento, es lo más rico en sustancia vital. Es ese proceso de orientación hacia la realidad; ese surgir lento del «yo» desde el centro de los problemas que presenta la vida, hacia la periferia, hasta lograr separarse de ellos, contemplarlos en perspectiva y analizarlos con serenidad.

La expresión del espíritu de un hombre queda parcialmente en sus obras, pero el camino recorrido hacia la madurez, con angustias, dudas, desaliento, sueños y aquellos otros de afirmación de sí mismo y aguijoneado por el impulso de realización que es la vida misma y que sólo cada individuo conoce, se pierde en el misterio.

Y allí queda lo que el hombre soñó realizar. Lo más entrañable y lo más amado de su espíritu, punto de convergencia de la experiencia de su vida, de sentimientos y sensibilidad. Lo más auténticamente propio, su lucha para dar estructura a su bagaje intelectual y las sutiles dificultades de forma o las más precisas de tiempo que no cristalizaron, queda en lo no realizado. Pero también lo no realizado, es juventud inextinguible del espíritu porque es energía que permanece en un aspecto del dolor del hombre y la acumulación de savia más densa. Es el anhelo de entregar, como un fruto completo y pulido, la plenitud del espíritu, ese punto de vista peculiarísimo de cada ser frente a la perspectiva de los hechos, subterráneo impulso del artista que anhela llegar en esta entrega hasta sus últimas consecuencias.

Por esto lo que se recuerda de los amigos con emoción más viva, es lo que anhelaron realizar y la vida no permitió. Frente al devenir de las circunstancias, esto significa la desolada impotencia del hombre.

Pausado y parco en palabras como todo individuo de intensa vida interior, don Domingo vivió siempre infinitamente más, dentro de sí, que en actuación externa. Lo dinámico y apasionado de su temperamento, quedaba concentrado en su mundo de inquietudes espirituales. Por esto, en contraste, su apariencia era algo fría y lisa como un alto muro resguardador.

Gustaba imaginarse a la orilla de un gran río, el de la vida en general, y limitarse a la contemplación y al análisis. Amaba el silencio de la propia conciencia, ese recinto que tiene algo de templo y de crepúsculo porque el hombre entra a él con pasos graves y porque es confidencial y sereno, ese acogerse a la sombra de sí mismo.

Y soñaba con escribir una novela psicológica. Le interesaba hondamente la complejidad de algunos sentimientos. Pero nunca encontró en el tiempo un ancho remanso realizador para este sueño, alimentado por una existencia vivida intensamente, con sensibilidad y corazón indefensos y siempre despierto por el aguijón inflexible que angustia al artista.

Creo ver en este sueño, un factor de los que formaban ese puente de generosidad sin trizaduras, que tendía hacia los escritores jóvenes a quienes infundía confianza, ánimo y facilitaba el camino. El era también

un joven escritor con el sueño de una novela psicológica. Abría una brecha en esa pesadumbre característica suya, que no lo hacía ni egoísta ni amargo, y surgía ante el amigo, un hombre estructurado por una experiencia intensa, dolorosa, candente, que daba frutos de generosidad.

Y era allí, en medio de luchas y sueños de rala confianza, donde vivía a plenitud este hombre férreamente apasionado, atraído por la vida y su belleza múltiple y eternamente renovada en color y profundidad. ¡Bien saben los que le conocían que su filosófica posición intelectual, era sólo como una valla frente al ímpetu joven y ávido de su espíritu! Defendía del desencanto ese último y recóndito espacio del alma, donde se alberga la capacidad de soñar, poderoso combustible de la vida.

Con amargura vibrante se lamentó muchas veces: ¡quién pudiera dedicarse sólo a escribir! cuando rebullía en su interior ese sedimento precioso que va dejando el transcurso del tiempo, en el espíritu, de problemas y soluciones, de notas exquisitas de la sensibilidad y de concepciones y formas artísticas.

Recordar el lamento de este hombre, duele mucho. Duele por el dolor que él experimentaba en momentos en que la vida interior toda, es como un torrente precipitado montaña abajo, hasta detenerse, hirviendo fieramente, en el puño de una represa; angustia de no alcanzar aún, dándose, la afirmación máxima de sí mismo. Y duele recordar su queja, por lo que él se llevó con-

sigo. La muerte ha venido y ha rasgado su inteligencia, como un niño una hoja de papel cubierta de anotaciones sutiles que no alcanzaron a sacarse en limpio.

A través de un grande y absurdo signo de interrogación, como el marco de una ventana, él vive, actúa: habla, buscando en la colaboración de la lejanía y de sí mismo, la expresión justa o el recuerdo; hunde los dedos en el cabello acerado, peinándolo en ademán que parece puntuación de sus pensamientos, apoya la barba en la mano y escucha. ¿Y lo que no ha dado don Domingo? ¿Lo que no ha realizado? Todo eso... todo?

Sonríe; los párpados descienden y vibran levemente: ¡Lo hará otro! ¡Lo dirá otro! ¡Si entre los jóvenes hay muy buenos escritores, vigorosos, recios, personalidades muy interesantes...!

La interrogación se cierra como una ventana. Se ha ido. Seguramente, lo que no alcanzó a dar, es como un vasto campo de espigas maduras que nadie segará, dormidas sobre la tierra, en sueño prematuro, con su tesoro inútil.

Pero son muchos los que caminan por ese proceso de madurez intelectual que él tan bien conoció. Muchos los que alguna vez se detendrán en el camino, fatigados, solos y sentirán la necesidad de su presencia, del estímulo que significó el esfuerzo enérgico de liberación de su espíritu, de pequeñeces, de su generosidad cálida, de su plenitud intelectual y humana que creaba en torno a él, una atmósfera serena, elevada, al mismo tiempo madura y joven con frescura de sentimientos.

Atmósfera desde la cual se miraba en abiertos horizontes, la proyección de inquietudes y esperanzas del hombre, para volver después a la propia vida, como en descenso de una personalidad superior.

Son muchos los que recordarán que ese descenso a la palestra diaria, se efectuaba con renovada valentía y más renovado impulso. Recordarán su tranquila palabra de aliento, se pondrán de pie y continuarán la marcha. Y este mensaje de su corazón de hombre y de artista, lo que en largo eco, despertará la más fina y selecta gratitud.

Pepita Turina

Cercanía y distancia de Domingo Melfi

Al decir «cercanía y distancia de Domingo Melfi», no es que quiera referirme a la vida y la muerte. No. Solamente a su vida, en que estando cerca de él, había una distancia. En un segundo, como en años, Melfi podía estar con uno y parecía no estarlo. Había cautelosa distancia, invariablemente, dentro de todas las variaciones, al menos las que a mí de él me tocó conocer. Parecía que estaba cansado y que siempre estaba necesitando otra clase de vida. Caminaba, se movía y hablaba lento y su temperamento impresionaba en presencia, no en escrito, como de fiscal tranquilo, del cual no había que temer ninguna sentencia dura, pero que, como reo uno no dejaba de esperarla.

Le conocí, le traté en cordialidad, y no puedo dejar de decir de él lo que he dicho, lo que iré repitiendo, porque así es mi recuerdo y mi verdad de él. Nunca su puerta de Director del diario «La Nación» quedó para mí cerrada, tampoco su saludo me fué esqui-

vado en la calle. Y lo sentí, como le sucedió a tantos, inteligente y lejano. Al leerlo se experimentaban enormes deseos de volver a él, creyendo poder encontrar cada vez la materialización de sus escritos, porque leerlo reconciliaba siendo que lo inconciliable permanecía. Hasta en algún artículo periodístico, de simple crónica sobre un crimen cualquiera, se encontraba el hombre de meditación, la sobriedad, el estilo, la comprensión más justa, el rango, más que ameno, profundo y atractivo.

La biografía de un hombre no es más que su deformado espectro. Si él pudiera estar tras de nuestras líneas y leerlas a medida de su hilación, las iría tarjando, siempre convencido de aquel «ese no soy yo» o «ese no fui yo», y tendría y no tendría razón, porque ese yo que ven nuestros yos, son las captaciones simples y desconectadas de una vida en su ritmo completo, llena de resonancias y de transiciones, absorta en los sentimientos propios, reflejada en los espejos interiores, y no la silueta ocasional de las apariencias, en que cada ser se refleja conformado a las distancias y a las interpretaciones. También se equivoca el propio ser, tanto se equivocan ellos como nosotros. Si queremos tener una medida de la insignificancia del saber humano y de la pobreza de los medios de expresión, tratemos de hacer una autobiografía o una biografía, o siquiera un simple y exacto recuerdo.

Antonio R. Romera

Domingo Melfi en mi recuerdo

Había logrado la perfecta armonía entre el pensamiento y su afán vital. Domingo Melfi era—valga la paradoja—un razonador apasionado, aunque para quienes no lo conocieron íntimamente resaltara de preferencia esa serenidad de que nos ha hablado Alone en un bello artículo.

Trato de recordarlo como era. Es decir, trato de ordenar la serie de recuerdos que se agolpan en mi memoria. Escribo frente al mar y la película de la evocación desfila con mayor claridad. Melfi amaba este azul intenso del Océano y muchas veces, en nuestras charlas, pareció nostálgico del mar viejo de Ulises, que no conoció, pero que sentía, sin embargo, muy dentro de sí.

Era un espíritu claro. Era, sobre todo, un gran espíritu contenido y mesurado. En él predominaba la sensibilidad. Melfi tenía, por su tierra italiana, una lúcida comprensión de la belleza serena y equilibrada. Había en sus maneras un gesto de reposo en discrepan-

cia con la idea preconcebida que del latino existe. «Tenía gestos de Senador», ha dicho algunas veces Mariano Latorre.

La serenidad de Domingo Melfi pudiera explicarse de varias maneras. A mí me place creer que su estilo transparente y equilibrado le fué dado en las abundantes lecturas francesas y su actitud espiritual y su estética, por Remy de Gourmont a quien Melfi leyó y amó. Otra explicación de esa su actitud apolínea es biológica, racial. Melfi nació en una región italiana, áspera y fuerte, la Basilicata, región que al integrar la Magna Grecia recibió poderoso influjo del espíritu clásico. Toda esta parte de la Península Itálica difiere del resto del país. Sus hombres son reposados, son escépticos; las mujeres tienen actitudes de un ritmo sereno, como la estatuaria arcaica de los griegos. Quien pasa de la Campania a la Basilicata contempla un nuevo y distinto paisaje espiritual.

Melfi tenía dentro de sí ese mundo griego.

Muchas veces yo le decía esto y él se reía con esa risa ancha con la que asentía como sin querer.

En la madurez Domingo Melfi soltó el lastre de un estilo literario recamado y lleno de imágenes luminosas. Yo conocí primero sus libros postreros. Me agradaba la sencilla transparencia de su prosa. Su estilo fué al final templándose y endureciéndose. Recuerdo que en cierta ocasión encontré en una librería de lance una vieja revista chilena. Me la llevé al ver en ella

el título de un artículo firmado por «Domingo Melfi Demarco».

Se trataba de la glosa de una leyenda nórdica. Desde una oscura provincia—ajena como, como todas las provincias del mundo, a inquietudes y exquisiteces literarias—el joven escritor daba estupendos saltos vindicativos y su prosa era una lección de pureza.

Es útil comparar sus últimos trabajos, tan escuetos y afilados, con aquellas páginas de juventud en las cuales Domingo Melfi aparecía como inevitable producto de su época. Era modernista, un poco danunziano y en cierta medida, esclavo de la forma.

Fué en la madurez, como digó, cuando el escritor entró en una etapa de serenidad comprensiva que modificó, incluso, su estética.

Melfi atravesó unos años de romanticismo bohemio. De ese pre-romanticismo mundano y desdeñoso que fué en realidad el modernismo. Algunas caricaturas de la época lo describen en medio del grupo coetáneo discutidor. Elegante, de figura enhiesta, con una bella cabeza de intelectual, es una estampa sugestiva. De esos años Mariano Latorre nos ha referido algunas anécdotas llenas de sabor. Eran éstos unos años llenos de lucha y de pasión. Se iba a la conquista de la notoriedad y aunque la fama se mostraba esquiva, el grupo dirigía su desdén hacia el «burguesote» incomprensivo y hueco.

Empleó pseudónimos que hablan de sus lecturas y de sus preferencias. Uno de ellos—«Julían Sorel»—

fué un grito de combate en las páginas de la prensa chilena. Con este nombre tomado de uno de los personajes de Stendhal, admiración permanente del escritor, Melfi firmó artículos literarios que produjeron verdadera sensación. Luego utilizó otros «nomme de lettres» como «Marco» y «Alfa». Había en esta afición suya por el pseudónimo encubridor cierta táctica que busca intrigar y producir sensación.

Melfi fué un escritor puro. Su actitud estuvo siempre acorde con la desmedida vocación que le llevó a la literatura. Incluso abandonó por ella una carrera que le prometía triunfos y satisfacciones de índole económica.

Supo dignificar el periodismo. Elevó con su prosa el rango de una literatura perentoria y fugaz.

* * *

Conocí yo a Melfi en sus últimos años. Lo conocí como crítico literario de «La Nación» y más tarde como Director de este mismo diario. La primera crónica que de él leí estaba dedicada al libro del escritor español Pérez Ferrero sobre Baroja. Era algo muy sencillo y al mismo tiempo lleno de agudas reflexiones sobre la biografía y el personaje que la motivaba. En su artículo, Melfi demostraba su conocimiento de las letras contemporáneas españolas y su abundancia de lecturas. Era un artífice de las pequeñas crónicas sobre temas y hombres de la literatura. A la muerte de

Joyce trazó una obra maestra en muy pocas líneas y reveló a muchos un nombre desconocido. Y es que en esta labor de apariencia sencilla, la magnificencia de la prosa sencilla se unía a lo sugerente del tema y a la singular manera de enfocarlo.

Tenía el sentido del periodismo. Escribía claro y sencillo. Los temas más complicados se ofrecían en su pluma transparentes y llenos de interés. Su estilo, tan limpio de hojarasca, estaba a veces afinado por la ironía, de un modo que no siempre sus reflexiones hallaban unánime aceptación, especialmente cuando escribía de temas políticos y sociales.

¡Cuántas veces llegada ya la hora final de su labor en la dirección, nos quedábamos charlando de libros y de escritores! Melfi me interrogaba sobre autores que yo había conocido. Era extraordinario su interés por los rasgos físicos de éste o de aquél escritor que él admiraba. ¿Es muy alto Baroja? ¿De qué color es su barba? ¿Es hombre fosco? Se levantaba de su asiento, y recorriendo la sala a grandes trancos, en aquella su actitud de falsa altivez, seguía preguntando. Esta curiosidad aparentemente trivial revelaba su auténtica vocación de escritor. Eterno afán de saber, eterno deseo de conocer a los hombres.

Había leído mucho. Tuvo una etapa primera en la cual se entregó con verdadero apasionamiento a los maestros franceses e italianos. De esta etapa se libró más tarde, no sin sufrir el embrujo de Gourmont, que le habría de acompañar siempre.

El remanso de la madurez y la influencia de ciertos amigos, entre ellos Mariano Latorre, le hizo volver la vista a la literatura española. Como yo le interrogaba también, pude saber cuáles eran sus admiraciones. Entre ellas descollaban las dirigidas a Larra y a Azorín. Entre el maestro de «La voluntad» y Domingo Melfi había más de un punto de contacto que ya he señalado en alguna crónica.

Fué un gran lector de Gracián, del Arcipreste y de los costumbristas.

En nuestras conversaciones me hablaba mucho del teatro español. Cuando se animaba y evocaba sus recuerdos, ante nosotros desfilaba una etapa de vida nocturna santiaguina. Melfi delineaba las siluetas de actrices y actores. Y si Mariano Latorre estaba presente, veíamos entonces cómo se iba plasmando un mundo de recuerdos del teatro lírico. La zarzuela y la ópera, los actores españoles, los tenores y las tiples italianas. Todo un universo de bastidores adentro, revivía bullente y cálido.

En los últimos años de su vida el culto por la literatura se intensificó. Desde su alto puesto de «La Nación» supo dar la mano, como ha señalado Gabriel Amunátegui, a quienes empezaban, pues sabía que el oficio de escribir es, además de un culto, una santa y una noble cofradía.

En la tertulia vespertina del diario, a la que acudían sus amigos, Latorre, Durand, Latcham, Amuná-

tegui, Chuaqui, D'Halmar, el doctor Labra, Huerta y tantos más, fué dejando lo mejor y lo más granado de su espíritu.

En sus libros, pero también en sus palabras, ha quedado la lección de su vida.

Las Ventanas, Febrero de 1946.

Ricardo A. Latcham

Domingo Melfi Demarco

Casi un cuarto de siglo de convivencia amistosa nos hizo conocer en todo su valor la calidad moral e intelectual de Domingo Melfi Demarco. Era un hombre rectilíneo, de gran señorío espiritual, dotado de sólida y amplia cultura, que nunca perdió su magnífica prestancia de escritor. Lo conocimos en Talca, allá por 1921, en una época en que diseñaba en su destino la decisión que prevalecería definitivamente: la de entregarse al arte para siempre.

Era un esteta, que tenía un raro conocimiento de las ideas y de las corrientes del pensamiento antiguo y moderno. Esto lo asentaba sobre la realidad, pero un risueño escepticismo lo hacía rehuir los dogmatismos y lo colocaba en un ángulo sereno, desde el cual miraba el fluir cotidiano al margen de las pasiones y de las envidias de los impacientes y de los arteros.

En la tranquilidad provinciana aprendió a pulir los períodos de su prosa y a buscar la morbidez estilística a la sombra de los maestros que él amaba: Renan,

D'Annunzio, Remy de Gourmont. Hubo una época en que fué también un stendhaliano y sacó de la obra del autor de «La Cartuja de Parma» el seudónimo que despertó la curiosidad de los hombres de letras santiaguinos. Ese Julián Sorel que colaboró en la «Revista de Artes y Letras» y en el suplemento dominical de «El Mercurio», encerraba las vivencias de su atormentada soledad y de su vocación intelectual.

Después se instaló en la capital y afrontó horas ingratas, incomprensiones y momentos amargos que pronto quedaron atrás. No era de los que se dejan vencer por el desaliento o carcomer por la molicie. Desde 1931 dirigió la revista «Atenea», de la Universidad de Concepción, y la abrió a todos los vientos. Después, como crítico literario de «La Nación» y como Director de este diario, en el que permaneció desde 1932, supo acoger a los valores nuevos y proteger a los que se levantaban sin otro blasón que el talento. Resultaba un amable estimulador, un maestro sin cátedra visible, pero que ejercía una influencia provechosa sobre las generaciones abiertas al porvenir. Ayudaba sin tregua y aconsejaba con suavidad, como si estuviera todavía conversando con los antiguos amigos talquinos, en los días que lo frecuentábamos junto con Jerónimo Lagos Lisboa, Jorge González Bastías y Enrique Escala, allá por 1925, en la plaza de la ciudad del Piduco.

La vida y los éxitos del último tiempo no produjeron ninguna transformación en el soñador romántico que

escribió sin publicar nunca, un comentario lírico sobre el poema dramático de Ibsen, «Peer Gynt». El libro se dividía en tres partes breves: «La Partida», «El Abandono» y «El Retorno». Todo esto quedó amontonado en ese trasmundo que conocen los escritores y cuyos rincones están poblados por las mejores ilusiones y por las fantasías más bellas.

La crítica fué en las manos de Melfi una tarea creadora y directiva que dejó a un lado los detalles y la cominería erudita. En todo instante se convirtió en tarea de arte y de sensibilidad, en comentario libre en torno a las ideas y a los hombres representativos. Así salieron de su pluma varios volúmenes de enjundioso contenido: «Dictadura y Mansedumbre», en 1930; «Portales», en 1931; «Sin Brújula», en 1932; «Pacífico-Atlántico», en 1934; «Indecisión y Desengaño de la Juventud», en 1935; «El Congreso de Escritores de Buenos Aires», en 1936; «Dos Hombres» (Portales y Lastarria) en 1936; «Estudios de Literatura Chilena», en 1938; «Panorama de la Literatura Argentina y Uruguay», en 1939; «El hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas», en 1940; «El Viaje Literario» y «Tiempos de Tormenta», en 1945. No es todo lo que pudieron producir su fecunda imaginación y su bien nutrido talento de ensayista. Quizá hayan quedado otras cosas que no quiso entregar a la publicidad o esas expansiones líricas juveniles que su pudor crítico lanzó a un desván; pero en tales facetas

de su noble inteligencia es posible que estuviera lo más representativo de su ímpetu inicial en la época en que desde Talca se escudaba con el pseudónimo de Julián Sorel y miraba al mundo con un claro optimismo.

En sus postreros años Melfi se dedicó a revisar con entusiasmo el desarrollo literario nacional, y de esos desvelos quedó muestra en dos libros de gran belleza: «Estudios de Literatura Chilena» y «El Viaje Literario». Todos sus amigos comprendíamos que las letras patrias iban a salir de esta empresa remozadas del polvo que las cubría y realizadas con un estilo dinámico, capaz de animar las inertes materias del pasado. La muerte sorprendió al esteta después de una corta ausencia en que paseó su inquietud por los Estados Unidos, y lo arrebató bruscamente cuando volvía a empuñar la pluma que aclaró el panorama chileno por más de cinco lustros. Quedó interrumpida la jornada, y entre sus amigos y compañeros existirá un vacío verdadero, de esos que dan la sensación cabal de lo irreparable por cuanto se lleva algo de nosotros mismos o, como quien dice, un pedazo de nuestra propia biografía.

Otros podrán escribir sobre Domingo Melfi algo más completo y objetivo. Para los que lo trataron en esta casa y junto a él captaron la realidad cotidiana, en fecundo consorcio, desaparece un compañero incomparable y un espíritu altísimo que dió lustre a su generación e hizo de la amistad un culto caballeresco. Murió joven todavía, porque era de esos hombres que no

estaban maduros para un largo vivir. Pero quedará perenne el recuerdo de su obra malograda por el destino cuando llegaba a la sazón creadora, y también su gran experiencia literaria, moviéndose siempre en la memoria, con apretadas raíces en la tierra y superando el tránsito aciago que nos acongoja.

Domingo Melfi

Ha caído Domingo Melfi, envuelto en la racha fatal que en los meses iniciales de 1946, se ha llevado a un grupo de los más distinguidos escritores y periodistas chilenos: Armando Donoso, Januario Espinosa, Augusto Ovalle, y él que, en la hora de su fallecimiento prematuro dirigía con unánime aplauso, el diario «La Nación».

Aunque no había nacido en Chile, pocos escritores de más auténtica raigambre nacional que Melfi. Su interés, su pasión intelectual, su pasión humana estuvo durante toda su existencia abocada a cosas de Chile, a los problemas chilenos, al desenvolvimiento histórico y social de nuestra patria en el curso de su historia.

No era un historiador, ni pretendió serlo. Realizó en sus libros una clase de literatura que no ha tenido gran desenvolvimiento en las naciones latinas, pero que en los países sajones ha dado origen a obras eternas y perdurables. Nos referimos al ensayo; a este género, casi imposible de definir y de encerrar en lími-

tes precisos; a este género único que participa de la novela, de la crítica, de la divagación filosófica, del estudio sociológico, de la investigación histórica; que es todo eso, y algo más, el «algo» misterioso e imperceptible que coloca en cada ensayo la especial inquietud del autor.

El género se adaptaba como ninguno al espíritu mismo de Melfi, ondulante, vago, impreciso, eternamente solicitado por un interés universal hacia las cosas del espíritu, pero sin tiempo, sin recursos o sin método para afrontar la obra orgánica definitiva. Sus estudios de literatura chilena quedaron en el primer tomo, único de los publicados. Posteriormente «El viaje literario», presentó otra modalidad del ánimo cambiante del autor. Y los demás libros son la expresión de una mente alerta, de un espíritu vigoroso, de una sensibilidad rica, de una inquietud permanente, que la muerte tronchó cuando todavía podía ofrecer a las letras chilenas, una cosecha rica y generosa.

Porque Melfi, fué por encima de todas sus actuaciones un escritor. Su título profesional de dentista, solamente le sirvió para comprobar que no había perdido los años de sus estudios universitarios en la facultad respectiva, pero su pasión de hombre de letras lo llevó a seguir su vocación, y a consagrarse a ella con exclusividad, con esa exclusividad que en países como el nuestro se confunde sin dificultades, con el más puro y auténtico heroísmo. Desde sus primeras colaboraciones en «La Mañana» de Talca y en «Ju-

ventud», la revista de los estudiantes de Santiago, con la firma de Julián Sorel, el héroe *sthendaliano*, demostró una auténtica vocación de escritor que en el curso de los años no desmintió jamás, hasta el día mismo de su muerte, en que se ocupaba de escribir algunas dedicatorias a su último libro, fresco todavía de tinta de imprenta.

Dentro de su vocación, cabe reflexionar ante su tumba, abierta prematuramente, en lo que a él más interesaba en todos sus libros, en el problema que más hondamente le preocupó a través de sus ensayos, de sus crónicas, de sus viajes por el país y fuera de él: la misión del escritor en una nación como Chile, y en general en los países jóvenes de Sudamérica.

Si existe tal misión, no puede negarse que impone a sus servidores, a quienes la cumplen, una existencia desprovista de los halagos y satisfacciones más usuales de la vida, en nuestras jóvenes naciones americanas, en que la colectividad toda está más atenta al logro y satisfacción de finalidades inmediatamente materiales, antes que a la consecución de realizaciones espirituales. En países de vieja cultura, pongamos por caso las naciones de Europa, con excepción de España, los escritores ocupan una situación especial de consideración y de relieve que no se les otorga en la mayoría de las naciones de América, con la excepción bien acentuada de Colombia. En América las situaciones de relieve las ocupan, en primer término los dueños de bienes materiales, poseedores de grandes fortunas, hechas por

ellos o heredadas, e inmediatamente después, o al lado de ellos, los que mantienen una intervención directa en política, esto es, en el Gobierno o en el Congreso. Desgraciadamente entre nosotros, ni los poderosos del dinero, ni los poderosos de la política, por lo general, se interesan por las manifestaciones del espíritu, y de esta suerte, la vida de los escritores, que no son nada más, pero nada menos, que escritores, debe transcurrir sin que puedan obtener ninguna de las satisfacciones no solamente espirituales, sino que aun materiales, que quedan al alcance de muchos palurdos de ínfimo valor.

La frase de Larra, amarga y justa para los escritores de España, hace más de un siglo: «En España, los escritores debemos llorar y traducir...», con leves variantes puede aplicarse a muchas naciones americanas, donde al escritor se le exprime en los periódicos, sin dejarle la posibilidad de realizar una vida intelectual, dedicada por entero a la manifestación de sus más hondas inquietudes propias, porque no hay un medio que recoja con interés el fruto de su labor. Enrique Méndez Calzada, uno de los más interesantes escritores argentinos de este siglo, pudo afirmar con entera convicción, de que en su patria el escritor debía resignarse a que no lo leyeran, a que no lo consideraran, a que no lo tomaran en cuenta, en una palabra, a que lo ignoraran la mayoría de sus compatriotas, y quizás si hasta sus mejores amigos. Pues bien, resignarse a una existencia en tales condiciones, tiene en la Argentina y en Chile y dondequiera que ocurra, todos

los ribetes de un heroísmo silencioso, permanente y admirable.

Don Benjamín Vicuña Mackenna, a mediados del siglo XIX, escribió entre otras cosas acertadas una afirmación tremenda. Dijo en una de sus cartas que en Chile no se leía, que la gente no adquiría libros (por lo menos de autores chilenos) y que solamente aceptaba los libros como regalo, y «siempre que estuvieran empastados...». Es cierto que la situación ha mejorado algo, desde la afirmación de don Benjamín, pero aun en Chile nos encontramos muy lejos de hacer justicia al pensador, al escritor, al intelectual, en una palabra al hombre que durante su existencia opera en un plano cerebral, conceptual, abstracto y que no vende artículos materiales, sean de fierro enlozado o de otro género de materiales.

A mi juicio, el valor más alto de Melfi en nuestras letras, es el que señalamos: no fué nada más que un escritor, ni nada menos tampoco. Su vida entera estuvo enderezada a dignificar su profesión, a situarla en el plano de respetabilidad, de elevación, de nobleza que le es propia y en que debe colocársele, y aunque no fuera sino por ello—descontada su producción literaria, toda ella interesante, bien concebida, bien escrita—todos los chilenos que creemos que los valores del espíritu, son los más altos que pueden deparar la existencia, le debemos no solamente el recuerdo de la amistad, sino la más honda y sincera gratitud.

Juan Marín

Domingo Melfi

Una radioemisora chilena acaba de darnos la inesperada noticia—hace pocos minutos—de que Domingo Melfi ha muerto. ¡Pérdida enorme para las letras chilenas esta de Domingo Melfi! Y no es un simple lugar común, un «clisé» necrológico esto que hemos escrito, es sólo una verdad. Ahora que Melfi ha desaparecido del escenario de las letras y del periodismo chileno, se valorizará mejor lo que él representaba como serenidad y ponderación, como factor de equilibrio y justeza en la caldeada arena de nuestros círculos, capillas y cenáculos literarios. Su estilo, limpio y pulcro, era el de un gran señor de las letras. Su juicio, el de un verdadero crítico. Su cultura, la de un maestro.

Tenía una formación intelectual universitaria y clásica y por eso estaba libre de la pedantería funambulésca de los autodidactas.

Allí en nuestro Santiago, en ciertos medios literarios en los cuales el resentimiento brota prematuramente en las almas y no se apaga ni siquiera bajo la fría

ceniza de los años, allí donde algún moderno Valbuena compone freudianamente sus esquemas literarios a base del apellido o de la «clase social» (sic) del autor, allí donde un autor ególatra y narcisista, en plena descomposición, no cesa un sólo instante de recordarnos que, hace cincuenta años, él fué un genio exquisito y efébrico, allí Domingo Melfi destacaba su señoría intelectual con viril espontaneidad y sobria compostura.

De la nota bibliográfica al ensayo, de la investigación histórica a la interpretación social, del apunte periodístico a la aguda reflexión filosófica. Melfi Demarco paseó su pluma con igual dominio y maestría. Su característica (en la personalidad y el estilo) era la mesura, una mesura tal vez muy gala a pesar de su linaje netamente itálico.

Perteneció Melfi a la más densa y homogénea de las promociones literarias chilenas: la de Barrios y Santiván, de Latorre y Astorquiza, de Durand y Cruchaga Santa María, de Prado y Gabriela Mistral, etc. Su obra es exigua pero firme: tres o cuatro volúmenes que salvan el prestigio de la crítica literaria chilena en el extranjero y que demuestran que el «ensayo no es un género totalmente ajeno a nuestras letras». Hay que recordar que el periodismo absorbió también una parte considerable de las energías de Domingo Melfi y que ello tal vez explique la brevedad de su labor impresa en libros.

Como director de «La Nación», como director de «Atenea», como redactor de «La Mañana» y «Zona

Central de Talca, fué siempre un hombre desapasionado y justiciero, presto a estimular en todo momento a los escritores noveles y a corregir, benévola-mente, a aquellos ya formados, sin regatear el elogio ni emponzoñar la crítica.

Pues, en su espíritu no habitó otra pasión que la del Arte y la Belleza ni otra finalidad que la perfección y la justicia.

Hombres como él, deberían vivir largo, mucho más largo, para bien de nuestra literatura.

San Salvador, 11 de enero de 1946.

Eugenio Orrego Vicuña

Domingo Melfi

Consternación en el ánimo produce siempre la partida de los amigos dilectos, y ésta se hace mayor cuando el que se va es también un gran escritor y un hombre de conciencia pura. Los que hicieron el camino de la vida con recto corazón, dejan marca que no se desvanece fácilmente.

Domingo Melfi era un elegido, un caballero ejemplar, un individuo dotado de méritos excepcionales. Era de aquellos que prestigian aún las causas que los mediocres enturbian.

Estreché su mano cordial en horas de mi adolescencia, y desde ese punto supe que seríamos amigos para siempre.

La vocación de las letras tuvo en él las proporciones de un culto. Su obra no fué vasta, pero sí, de calidad nada común. Dotado de cultura de raíz latina y europea, fué en cierto modo un humanista para el que no era extraño nada que pudiese contribuir a la paz entre los hombres, al fomento de la instrucción, al progreso

del país y a la fraternidad en las naciones americanas. Este último sentimiento, muy arraigado en él, le movió a encomendarme una sección en «La Nación», que llevó el título de «El Mirador Americano», y en el cual, durante varios meses, procuró servir esos ideales que se abren paso día a día, a pesar de los obstáculos que los intereses y las pasiones oponen.

Era Melfi un ensayista admirable, cuyos mejores frutos se lograron en el campo de la crítica, donde llegó a ser conceptuado como maestro. Creía, siguiendo a Bello, que en los países jóvenes la crítica literaria debe tener un sentido constructivo, para señalar rumbos y estimular a los trabajadores de la pluma. Nunca obstruyó el camino de nadie. Tenía el alma abierta.

En esta hora de duelo en que se evocan, involuntariamente, frases, gestos y emociones del tiempo ido, cenas literarias, reuniones de sana camaradería, su noble figura parece agigantarse.

Me gustaría que los escritores, por suscripción, erigieran un busto suyo en los jardines del Cerro Santa Lucía. Ahí debieran sobrevivir, en mármol, en bronce o en piedra, aquéllos que como Domingo Melfi unieron a la calidad de una obra literaria brillante el ejemplo de una vida sin tacha.

Benedicto Chuaqui

Recuerdo de Domingo Melfi

Muchas veces al venirse a mi mente el recuerdo de la muerte, he pensado en que uno de los dones, o raro privilegio quizá, con que la naturaleza me ha dotado es el de no sentir esa angustia, ese anticipado dolor ante el misterio del más allá; ante la inminencia de ese término que seguramente es el de volver a reintegrarnos a la tierra de donde surge toda palpitación de vida, de belleza y de amor.

Esa calma, esa serenidad, esa quietud espiritual ante el gran misterio, no es por cierto estoicismo, ni indiferencia, ni frialdad de temperamento para apreciar los fenómenos que afectan a nuestra condición humana. Es tal vez herencia de razas que vivieron milenios, en la íntima convicción de que la vida es un tránsito hacia una transformación que posiblemente habrá de ser más bella y más pura. El espíritu existe y libre de su grosera envoltura, será en su transformación un átomo de luz, que se agregue a ese maravilloso concierto que es la armonía universal.

Esto no equivale a declarar, que la muerte es para mí algo sin importancia. Necia vanidad sería afirmar tal cosa. La espero sí, sin esa temible inquietud que agobia a otros hombres. Y esto es para mí, una gracia más que me concede la vida, porque al amarla apasionadamente, sin temor a que nada la perturbe, la gozo y disfruto en toda su amplitud.

Pero basta ya de discurrir. Lo he hecho nada más que para demostrar una posición, un estado de alma, en lo que a mi fuero interno afecta. Porque en lo demás, si he gozado la vida intensamente, también la he padecido en grado máximo. Y cada vez que un amigo se ha ido en su viaje al misterio, yo he sufrido hondamente. Con esa sinceridad surgida de la lealtad de los afectos, que son el mayor tesoro de que puede disfrutar el hombre. ¡La amistad! ¿Quién ha podido decir con la elocuencia necesaria, todo lo que la amistad nos otorga, si es verdadera, si resiste todas las pruebas, y como los diamantes se embellece y adquiere formas, cuando a fuerza de golpes brota de su obscura clausura, para derramar su luz? ¡Bendita amistad, que me permitió convivir horas inolvidables con Domingo Melfi, este amigo y gran señor del espíritu, cuya partida nos deja como una lacerante herida, el recuerdo dulce y triste de lo que amamos y ya no podemos contemplar.

Porque Domingo Melfi era uno de esos seres que iluminaban el afecto con la noble plenitud de la amistad.

Cuando le conocí, recuerdo haberme sentido un poco desconcertado, ante su sonrisa un poco escéptica y su reserva cordial, que no era fácil disipar.

Pero poco a poco uno iba descubriendo lo que había tras aquella sonrisa, tras aquella reserva, una gran serenidad; una desencantada dulzura de flor que sabe habrá de extinguirse, de luz que un día se confundirá con las sombras. Melfi, era un gran compañero. Nos daba la sensación de que esa cristalina serenidad de espíritu a que había llegado, no se empañaría fácilmente.

Conocí a Domingo Melfi, a raíz de la publicación de mi libro «Por el bien de los hombres», prologado por mi amigo, el novelista Luis Durand. Ese libro fué profusamente comentado por escritores y críticos que yo no conocía, pues hasta entonces me mantuve alejado del ambiente literario. Para conocerles y expresarles mi gratitud por la cordial acogida que le dispensaron a esa obra, se me ocurrió reunirlos en una comida. Alrededor de una mesa, siempre el ánimo está más propicio a la charla y, en esa oportunidad, pude darme cuenta del afecto vivo y cálido que todos manifestaban al nombrar a Melfi. Mi curiosidad y anhelo de ser su amigo, se estimuló entonces y muy pronto pude conocerle por intermedio de Mariano Latorre y de Luis Durand, dos de sus amigos más íntimos. A ellos les debo mi amistad con Domingo. Y no fué súbita, sino en progresiva y gozosa lentitud que yo comencé a

apreciar sus finas y delicadas expresiones de efusiva camaradería.

Por ese tiempo, yo estaba empeñado en realizar una especie de limpieza de mi yo interno. Trataba de alejarlo de toda pasión mezquina, de todo impulso malo. Me parecía a ratos que eran vanas y absurdas pretensiones. Y debo confesar que cuando conocí a Melfi; me percaté que no era una loca pretensión mi empeño, pues en aquel nuevo amigo que la suerte me concedía, yo pude ver un espíritu superior que trataba de olvidar y disimular en sus inquietudes, a todos aquellos que no le interesaban o le habían rozado con las muestras del rencor y la envidia y sólo gozaba con recordar a los seres a quienes apreciaba, ya fuera como amigos o compañeros de letras. Sin egoísmos, ponía una línea divisoria entre él, y aquella gente que no tocaba para nada las vibraciones de su espíritu.

Era una posición que evidenciaba una aristocracia espiritual. Tal vez una adivinación del verdadero sentimiento de la vida. Así lo vi siempre. Risueño, cordial, sincero y afectuoso, en el leal ejercicio de la amistad.

Viéndole a diario, le admiré primero y sentí poco a poco robustecerse en mí, un cariño sincero y efectivo por él. ¡Felices los que vivieron y lograron dar sombra de paz a quienes les rodearon! Porque Domingo era un hombre en quien se podía confiar plenamente. ¡Maravillosas noches aquellas en que alrededor de una mesa, convivimos sus amigos, de su charla, de su

risa, de sus bromas afectuosas y gentiles! Las viandas y los manjares se olvidaban cuando la charla brotaba chispeante, leve y profunda, sustanciosa y juguetona, junto a la presencia de nuestro amigo Domingo Melfi.

Ahora él está descansando, dormido en el gran sueño. Pero su voz está en nuestro oído, su mirada está viva en la nuestra y su amistad sigue vibrando en nuestro espíritu. Amigo Melfi, si las almas siguen alentando, ¿verdad que usted está satisfecho de haber compartido su noble existencia, con los amigos que tan de veras le quisieron?

Sentimiento; viva y permanente nostalgia. Tristeza de recordar lo que el destino nos quitó. He ahí lo que yo no sé decirle a este amigo cuya compañía invisible permanece viva junto a mí. Porque Domingo Melfi, no se ha ido, seguirá siempre en nuestro pensamiento, como una luz orientadora, como una mano cordial, que no supo de veleidades al transmitirnos la vibrante calidez de su emoción.

Ramón Valenzuela R.

Recuerdos de una juventud

DOMINGO MELFI

Cuando abandoné la aldea natal para venir a conquistar un modesto lugar en esta gran aldea santiaguina, en las alternativas ingenuas y amargas a que es sometido el provinciano que tiene la audacia de venir a disputar un medio de vida entre los consagrados, en mis andanzas y contactos con los genios criollos, pude informarme de que un nuevo escritor con bríos y calidades de maestro, se había adueñado del comentario intelectual del momento.

El nombre de Julián Sorel se divulgaba de grupo en grupo escoltado por una serie de adjetivos elogiosos, que rara vez era dada oír tan unánimemente en el ambiente.

Caso extraño de un hombre que se imponía de la noche a la mañana sin que nadie discutiera su arrogante personalidad. Pero había algo más extraño aún. Julián Sorel era un mito. Nadie había logrado identifi-

car personalmente al afortunado autor, a excepción del ya connotado novelista Eduardo Barrios, quien al oír los comentarios sonreía misteriosamente.

Muchos fuimos los que llegamos a pensar que Eduardo Barrios y Julián Sorel constituían un mismo personaje.

Debo confesar que para el tímido provinciano que era yo por aquellos tiempos, esos comentarios me producían una reacción muy saludable. Julián Sorel, a lo mejor, era el provinciano vengador que se imponía con arrogancia principesca sin haber tenido que sufrir las quemantes ironías con que los dispensadores de la gloria procuran fulminar a los osados que pretenden disputarle un lugar en el paraíso de su egoísmo.

Afortunadamente, entre los hombres de letras los secretos tienen una vida muy efímera.

Una noche, Martín Escobar, más conocido como el «Loro Escobar», frente a un grupo de botellas vacías y a varios compañeros que le habían ayudado a consumir el contenido, manifestó ser el guardador de un importante secreto.

—A ver Loro, cuenta... cuenta.

—Tendría que estar muy borracho para divulgar un secreto de tanta importancia, así, porque sí. Se defendió el Loro.

—Si es que deseas ponerte al día, que vengan otras seis botellas, ordenó Federico Gana.

—Si no son más que seis, yo compro el secreto, advirtió el «Gringo Oliver».

—Mejoren la oferta. Doce es un precio muy equitativo, manifestó conciliador «El Loro».

—En realidad es una oportunidad la que ofrece Martín, contar un cuento tan barato, advirtió Pedro Gil.

—Bueno, que vengan las doce, pero que El Loro largue el secreto, silbó el Chicho Suárez.

Martín paladeó un trago, encendió un cigarrillo e inició la narración.

—Ustedes saben que hay noches que como con mis amigos, tal como ha ocurrido hoy. De vez en cuando también me invitan algunos diplomáticos dados a las letras. Pero la mayoría de las noches soy invitado por mis amigos del arrabal que son los más espléndidos, porque ni siquiera me torturan con leerme cuentos ni versos. Además nunca me hablan de política ni que la vida está muy cara.

—Entre los ladrones hay gente muy distinguida, —alternó Federico Gana—. Yo también los conozco y a varios de ellos me ha tocado defenderlos de la justicia burguesa. Hoy día algunos están muy bien colocados. Se han dedicado a la política.

—Bueno, que siga Martín.

—Como les iba contando... Anoche fuí a comer a casa de Eduardo Barrios...

—¿En calidad de diplomático o de qué?—interrumpió Juan Guzmán Cruchaga.

—Si me siguen interrumpiendo no les cuento nada...

—Que se lleven las botellas, gritó el gringo Oliver.

—Eso si que no, intervino Pedro Gil, haciendo amago de pararse.

—Entonces que siga el cuento.

—Bueno. Fuí a comer a casa de Barrios... ¿Y a que no adivinan a quién encontré allí?

—Qué gracia... Al Pachá Madariaga.

—Qué esperanzas. No lo adivinarán jamás...

—Se te ha pagado para que cuentes, y no para que vengas con adivinanzas, advirtió de nuevo el Chicho Suárez.

—Es que doce botellas no les da derecho a ser tan exigentes, defendió Pedro Gil.

—Tú te callas. La sociedad con el Loro sólo te da derecho a participar de las utilidades.

—Error fundamental, caballeros. Nuestra sociedad es de colaboración mutua.

—Bien! Nadie te impide que te bebas las seis botellas que te corresponden, pero cállate para que siga el Loro.

—Veo que están razonables, agregó Gil.

—Como les iba diciendo. Anoche fuí a casa de Barrios y allí descubrí a Julián Sorel.

—Qué sinvergüenza el Eduardo Barrios, gritó indignado Pedro Gil. No les decía yo que Julián Sorel era el mismo Barrios...

—No, hombre, cállate. Cuando te emborrachas no dices nada más que disparates.

—¿Conociste a Julián Sorel en persona?

—Sí, señores.

—¿Qué clase de bicho es?

—Es un hombre joven, buen mozo, muy elegante y casado con una mujer estupenda.

—¡Qué macanudo tipo!

—¿Y se llama Julián Soré?

—No, señores. Se llama Domingo Melfi Demarco.

—Nombre de príncipe.

—Con razón escribe tan bien el tipo.

Aquella noche de alegre bohemia, la muchachada se dispersó de amanecida.

Después de muchas noches como ésta, en un día luminoso conocí a Domingo Melfi, allá en su ciudad. En Talca.

La ciudad de Talca de aquella época, soñolienta y señorial, residencia de adinerados agricultores, productora de algunas lindas mujeres y de otros productos que abastecen las necesidades nacionales, poseía y posee, una hermosa plaza y en ella un frondoso peumo, cuya paternidad se han disputado varios próceres talquinos, constituyendo a veces disputas que han producido profundas divisiones en la noble casta social, poseedora de tan altas tradiciones, como el Piduco y la canilla de Don Quijote.

Allí en la plaza, a la sombra del prestigiado peumo, como si dijéramos en las gradas de un templo griego, un verano, de paso a mi tierra, conocí a Domingo Melfi, a Enrique Escala, a Jerónimo Lagos Lisboa, a Aníbal Jara, y además a otros jóvenes, en

aquella época inexpertos, que suspiraban por ser iniciados en los secretos de la literatura y la filosofía.

Me los presentó el poeta de las «Tierras Pobres»,
Jorge González Bastías

A todos los recuerdo como si fuera hoy, porque además de estar convencido del talento y gran calidad de algunos, de todos me queda el permanente recuerdo de su leal amistad.

Melfi y Escala, distintos físicamente, pero nivelados por una gran afinidad espiritual, eran tan correctos y sobrios en el vestir que de haberlos conocido el príncipe de Sagán o el atildado Brúmel les hubieran consultado discretamente qué sastre los vestía.

Jerónimo Lagos Lisboa, meticuloso y pulcro, con esa dulzura del poeta fervoroso del romanticismo, cuya melena y corbata delataban su contraposición al empaque de alto oficinista de la Compañía Chilena de Fósforos.

Jorge González Bastías, propietario de una parte de las riquezas del Maule y de la totalidad del río, a quien le ha dedicado sus mejores versos. Vestido a la «negligé», con sus bigotes caídos y el pelo desgredado entonando un canto interminable, pero que de vez en cuando interrumpía con un largo suspiro que no tenía otra finalidad que la de renovar el aire para seguir entonando el mismo cantar.

Aníbal Jara Letelier, vestido a la moda talquina, pero cubriendo la rebeldía del cabello con un cham-

bergo, que no le alcanzaba a cubrir su rebeldía espiritual.

El joven (en aquella época) Samuel Letelier, presumiendo de refinamientos sólo presentidos.

Rafael Rojas, procurando escudriñar la sabiduría de los maestros por si en realidad era efectiva.

Eleazar Vergara, haciéndoles versos a las mujeres bonitas. Muy perdonable, pues todavía no conocía al «León».

Aquel tronco de la plaza era para los talquinos una especie de Olimpo, en el que sólo tenían derecho a reunirse ese grupo de rebeldes, a los cuales no les concedían la calidad de dioses, pero de los cuales hablaban en la intimidad elogiosamente.

Para el visitante que iba huyendo del ambiente santiaguino, Talca, con su plaza, su peumo y aquel grupo de hombres, constituía una saludable fuente de renovación espiritual. Después de pasar allí tres o cuatro días, se salía más reconfortado y reconciliado con sus deshechas ilusiones.

En el grupo, Melfi oficiaba de Gran Maestro: Oía al forastero con irónica sonrisa, como diciendo: «la mitad de lo que cuentas son ingeniosas mentiras. Pero esto está bien, porque todo corresponde a una verdad literaria, la cual sería una humilde y andrajosa peregrina si nosotros no la adornáramos con los ropajes de nuestra fantasía».

Algunos años después, Melfi vino a Santiago, y do-

minando escollos y barreras de egoísmo, impuso la solidez de su personalidad.

Los que tuvimos la suerte de ser sus amigos, jamás dejamos de serlo.

Mariano Latorre, Luis Durand y el que escribe estos lejanos recuerdos, siempre vivieron muy juntos a él.

Domingo Melfi fué uno de los hombres dueños de su propio destino.

En la brillante oración con que él despidió a Enrique Escala, profetizó su propio destino.

«Los amados de los dioses mueren jóvenes».

El día de su muerte, me encontré con Mariano Latorre, quien sinceramente dolorido, me expresó:

—Con Melfi se va una parte de nuestra vida, Culpeo.

En realidad, Mariano sintetizó en esa frase el dolor con que todos hemos visto partir a uno de nuestros más dilectos amigos.

Antonio Arraíz

Domingo Melfi (1)

En medio de esta impresión de armoniosa alegría que me ha producido en todos sus aspectos la fruta Santiago, hubo, sin embargo, una nota dolorosa, grave, austera, como el tañido de una campana mayor: la muerte de don Domingo Melfi. Por ella pude enterarme de cómo la ciudad que ríe y ama, y es feliz en su orgullosa pomposidad de gran metrópoli, también puede palidecer y ensombrecer el ceño y arrojar sobre la frente reflexiva el manto melancólico.

Para un americano que, como yo, viene de la ardiente cuenca del Caribe, donde el trópico derrama sus colores más vivos. Santiago es una magnífica sorpresa. Después de leguas y leguas de áridas y convulsionadas cordilleras, por donde el viajero parecía precipitarse hacia la desolación del fin del mundo, embos-

(1) El escritor venezolano Antonio Arraíz, de paso en Santiago, capta en esta página de cálida y vibrante fraternidad literaria, la emoción y sentimiento causado por la muerte de Domingo Melfi en el ambiente santiaguino. Este artículo fué publicado en «La Nación».

cada en un valle y casi arrinconada contra el austro, surge a su encuentro una ciudad olorosa y fresca semejante (ya lo dije) a una fruta. Una ciudad desbordante, en la que resulta inconcebible toda otra manifestación que no sea la de la espontánea alegría de vivir.

Que se interrumpa ese ritmo jubiloso y que se detenga el tropel de magníficas mujeres, de belleza y gracia helénicas, para dar paso a una religiosa ceremonia funeraria, es cosa que desconcierta en el primer momento. Es cosa que demuestra, cuando se medita un poco más, cómo ese pueblo sabe, cuando es necesario, completar la guirnalda de rosas de la vida con la corona de mirtos de la muerte y, con un gesto elegante, sin aspavientos, pero también sin ligerezas, ofrendarlas a uno de sus varones predilectos.

Los periodistas, con las manos manchadas de tinta; los escritores, con los espíritus húmedos de recuerdos; los artistas, con los sentidos saturados de imágenes; los militares, con su espada; los juristas, con su código; los hombres que hacen, que regulan y que ramifican el gobierno; los que crean instituciones y los que sólo alimentan cuidadosamente una lámpara interior, y el pueblo innumerable, que es a la vez obrero, artista, creador, creación, gobernante y gobernado, obra de arte, efecto y causa, principio y fin, porque de él emana y hacia él se orienta todo, todos formaron el cortejo que llevó a su última morada a don Domingo Melfi.

Y así había de ser, porque a lo largo de su fecunda trayectoria, un poco de todos ellos traía ya el maduro

filósofo, el sereno intelectual, el infatigable hombre de acción en su bagaje, y en cada uno de ellos algo había dejado de sí mismo, de su trabajo, de su cariño, de su devoción.

Así había de ser también, porque la opulenta Chile podría mirarse complacida en ese hombre integral, capaz de personificarla en la riqueza, en la complejidad de sus aspectos, en la amplitud, en la ecuanimidad de su espíritu. en la alegría, en la abundancia de su corazón, en la hondura del pensamiento, en la prodigalidad de la acción, en la serenidad de la vida y de la muerte y, ahora. de la inmortalidad. Por eso, justo era que se detuviese el torrente de mujeres en la calle, y que la ciudad riente y juvenil mostrase al forastero, por un instante, su capacidad para la severa compostura del rito.

De este modo, la muerte de don Domingo Melfi, luctuosa y triste, ha llegado a ser aleccionadora y útil para mí: ella me ha completado la visión perfecta de Chile. Desde hacía tiempo, a pesar de la distancia, conocía de su obra y de su estatura moral. A Venezuela había llegado el eco de su poderosa personalidad. Sabíamos de sus labores como director de «Atenea», primero; de «La Nación» después. Habíamos transitado a menudo por el amable sendero de sus libros. Por las agudas páginas de sus «Viaje» y «Estudios», en las que se copia el claro cielo espiritual de su patria: por las páginas vehementes de «Sinceridad» y «Casa Grande», en las que se arremolinan los pun-

zantes problemas de su pueblo, que son los de todos los pueblos americanos; por las desgarradoras páginas de «Tiempos de Tormenta», en las que palpita, en forma huracanada, la trágica angustia de su época, que es la misma de todos los hombres americanos.

Al rodear su muerte de respeto y de dolor, Chile me ha revelado cómo, a la vez que sabe amar y sabe reír como pocas naciones en el mundo, sabe también reverenciar la memoria de los hombres que han tenido la suerte de representarla en la alegría, en el amor, en la justicia de la vida y en la majestad de la muerte. Y este hombre fué un escritor.

Domingo Melfi (1)

No bien habíamos leído algunas páginas de «Tiempos de Tormentas», el último libro de Domingo Melfi, cuando nos fué imposible continuar la lectura. De súbito dejó de interesarnos. La bella y serena prosa nada nos decía, pues los pensamientos y las palabras se fundían borrosamente en nuestra conciencia. El autor, en los variados aspectos de su personalidad y de su obra, se interpuso en las páginas de su propia creación, como presencia tangible frente a la verdad dolorosa de su muerte.

Esta crónica semanal, que teníamos destinada al comentario de su obra aparecida recientemente, tendrá ahora un carácter más amplio y un acenso de emoción del cual no podemos desprendernos al referirnos al espíritu de Domingo Melfi y a la labor literaria que dejó realizada, porque la cordialidad y el afecto anudaron entre él y nosotros en un sentimiento de amistad sincero y profundo. Por sobre el escritor está el hom-

(1) De «Zig-Zag».

bre en la integridad de sus condiciones humanas, que lo destacaron en nuestros medios sociales, intelectuales y periodísticos por la claridad de sus intenciones, la elevación de sus ideales, la dignidad de sus actitudes; por la elegancia de su expresión, la serenidad de sus juicios, el amor con que rigió su vida hogareña.

No era fácil conocer a Domingo Melfi en su intimidad espiritual. Su hermetismo, sus gestos suaves, su mirada velada por una amable tristeza, el rictus de sus labios ligeramente desdeñoso, daban a su persona un aire de ausencia como si él hubiese vivido en un plano distinto al que nos movemos nosotros. Por eso prefería oír y mirar antes que mezclarse en el tumulto de la conversación trivial. Acaso era un tímido. Quienes lo conocieron íntimamente sabían de sus sentimientos profundos y de sus arraigadas convicciones, que apenas afloraban en el corro anónimo. Su buen gusto innato evitaba la expresión efusiva y estridente. Sus actitudes y sus palabras se movían dentro de una atmósfera de serenidad y armonía. Por eso quienes sólo lo habían conocido a través de sus gestos externos pudieron juzgarlo como un temperamento frío, y aun displicente. Pero basta leer las páginas de sus crónicas y libros para comprender el intenso patetismo con que sentía el drama de los seres humildes y de los pueblos avasallados.

Aun cuando el número de libros que él escribió no alcanza a la docena, su labor literaria fué copiosa y de gran significación. Desperdigados en diarios y revistas

deja numerosos estudios y ensayos escritos desde la adolescencia, cuando un imperativo ineludible de su temperamento lo hizo dedicarse por entero a las letras. Si bien fué periodista y ocupó el cargo de director de «La Nación» de Santiago, no fué Domingo Melfi un cronista de lo cotidiano intrascendente, ni puso su pluma al servicio de causas de interés efímero o de políticos de categoría subalterna. Sus actividades periodísticas, a las que estuvo obligado por urgencias inevitables, le restaron, seguramente, tiempo para construir una obra literaria de mayor extensión y reposo. Y cuando se esperaba de él esa obra madura, que surge de las experiencias clarificadas, las letras nacionales se sienten desposeídas de este espíritu dilecto y orientador.

Desde su rincón provinciano, Domingo Melfi impulsó en los círculos literarios de la capital a «Julián Sorel», y acaso fueron muchos los que primero conocieron este nombre con que se ocultaba un joven escritor chileno, antes que a través de las inmortales páginas de Stendhal. ¡Con qué fruición leíamos en nuestra adolescencia al Julián Sorel talquinol! Nos parecía encontrar en su prosa ese ritmo cadencioso, solemne y elocuente que en tiempos ya distantes admiramos en José E. Rodó. Felizmente, parece que, junto con abandonar su seudónimo, Domingo Melfi prefirió a esa prosa de amplios períodos una más ágil y dinámica, que reflejara mejor los problemas inquietantes que enfocaba en sus estudios. Ya en sus dos últimos libros, «El Viaje Literario» y «Tiempos de Tormenta», ad-

vertimos en su estilo un acento de poesía melancólica, como reflejo de ese amable escepticismo que parecía infiltrarse sutilmente en su espíritu en la plenitud dorada de su otoño incipiente.

Como ensayista y crítico literario, Domingo Melfi queda incorporado definitivamente a nuestro devenir literario. «Pacífico-Atlántico», «Estudios de Literatura Chilena», «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas» y «El Viaje Literario» son cuatro hitos inmovibles donde queda grabado el nombre de este animador de las letras y de la cultura y de este escritor que, al interpretar la realidad de su tierra, fué artista y pensador. Como un clásico auténtico, unió a la gracia de la expresión diáfana el pensamiento fino y trascendental.

Ponía Domingo Melfi en sus juicios literarios una gran comprensión y benevolencia. Sabía él que en un pueblo joven, cuya literatura tiene los defectos inherentes a su propia mocedad, son más necesarios la animación y el estímulo, que la condenación implacable, que retiene los impulsos y mata las iniciativas. Juzgaba él en simpatía; le interesaba avivar, vigorizar el fuego que arde en el fondo de todo artista verdadero, a fin de potenciar sus facultades creadoras y ayudar al lector en su búsqueda de emociones. En sus ensayos vemos al escritor que se angustia frente a las injusticias humanas. Muchas veces advertimos que pasaba por alto los valores puramente estéticos, para sólo estimar los ingredientes vitales que intervenían en la creación

literaria. Según sus palabras, en esta tierra de América corresponde una labor novelesca de ardor y de crítica. X

A pesar de que había nacido en Italia y de que era sangre de allí la que circulaba en sus venas, Domingo Melfi vibró con el drama social de nuestras tierras y elogió a quienes han sabido expresarlo con emoción y sinceridad.

Domingo Melfi: retrato y elegía

Era Domingo Melfi una recia ola palpitante en el mar radiante, vibrante y pasional de las ideas. Las ideas constituían la panoplia de su estirpe. Diríase que por ellas era que Melfi había hecho tradicional en su figura aquel movimiento de la mano que colocaba en el desfiladero de su cabeza: la mano de Melfi, pasada con mesurado desgano por esa zona ardiente donde parecen tomar impulso los pensamientos más hondos, acariciaba el lomo de sus figuraciones, aplacaba el mordisco del fuego ideológico, cuidaba la Tierra Santa del cerebro.

Cuando Melfi levantaba la mano y la colocaba en su cabeza de corte trágico, era seguro que algo centelleante saldría en busca de eco y perspectiva. Al mirarle en este ademán, yo pensaba, de inmediato:

—¡Ahora el cazador manda a sus perros para el asalto...!

Las ideas, entonces, sintiendo la calidez de la mano maestra, daban el asalto, y rozaban las grandes már-

genes del espacio. Por esto es que Domingo Melfi tenía bastante figura de caballero de combates y de íntimo de los bosques más dramáticos...

Y existía en él otro pequeño y profundo detalle: era ese ¡Pst! que rubricaba muchas de las audiciones que se le daban. En este ¡Pst! echaba, al desgairre, las cordelerías de su serenidad.

De Melfi no recuerdo sino que situaciones de libros: le conocí, frecuentando la Biblioteca Nacional, en la Sala Francesa, que regían las sutiles charlas de Angel Cruchaga Santa María, hacia 1940. Y al morir, fué de las páginas de un libro, «Tiempos de Tormenta», que salió, armado ya de eternidad, en busca de las réplicas que le llagaron la boca; ¡hermosísima muerte para un escritor! Cuando su carne se caía a la Nada, que es el Todo, aseguraron su permanencia las páginas de un libro de meditación y de belleza. Estas páginas fueron las mayores rosas que le honraron, cuando penetró a la nave del ¡Adiós! y del crucero sin norte, el crucero en que somos velamen y amura.

¿Qué homenaje rendir al escritor que acogió nuestro aprendizaje de poetas, el aprendizaje que no se acaba nunca, permitiendo inscribirnos en la columna de fuego de «Atenea»...? En la dulzura de las tardes, tomando alguno de sus libros, le releeremos; y al volver, de nuevo, sobre los caminos de su pensamiento, creetemos estar próximos a su presencia de farero y de sembrador en la tierra dolorosa de la frente.

La flor se amustia y el olvido es cruel. A los escritores, siervos de la sal durante su vida, la Muerte les reserva una luz inextinguible sobre su tumba: la luz de la gratitud por lo que nos enseñaron. Es la luz que monta guardia en la memoria de Domingo Melfi, verdadero pastor de libros en la colina celeste de la cultura chilena.

Altener Guerrero

Lección de Domingo Melfi

Cuando la muerte ejerce su dominio de ausencia y nos lleva los puros hombres que estimábamos, pero sin expresarlo, sentimos, como un relámpago de clarividencia y todo su valor se nos da, acaso porque esa misma muerte humaniza la herramienta perceptiva para recaer en las cualidades que ya no alumbrarán los caminos de la tierra con nuevas floraciones de lumbre. Resta en el corazón una estela que se hace cada vez más luminosa y la vida que fué se desbasta de las terrenales impurezas para surgir en la verdadera estatura que el espíritu alienta y que sus próximos no quieren o no pueden ver. Parece que la muerte purifica a los vivos y recobra en su instancia mejor a los que llegan a su ámbito con una ejecutoria de hombres integrales.

La muerte de Domingo Melfi— muerte de su carnadura— inicia al aprendizaje de su mito con el descubrimiento de algunas apreciables condiciones del escritor perfectamente compenetrado de su oficio sin olvidar aquellas que son la definición de un humanizado

destino del «homo bonus». La tarea de crítico literario hace difícil la ubicuidad en un plano equidistante de la pasión y la frialdad. Domingo Melfi supo encontrarse en el justo medio que quería la serenidad filosófica y esto, porque en su vida tuvo los encontrados factores que permiten la armonía luego de la disonancia. Venía de un país ardiente y apasionado, hijo del sol, y en donde la «vendetta» pone su rasgo de sentimiento escarlata. Fama es que los itálicos sean urgidos por un corazón vehemente, proclive a los ardimientos que llevan más allá del equilibrio que la razón impone. Su procedencia solar puso en su sangre la salud del amor que se vierte en una pánica fiesta de gratitud por la cosa, el hecho y, por sobre todo, el hombre, centro vital de toda sistemática. Pero esta corriente sanguínea de luz incandescente y vibrátil había de aquietarse en el lago tranquilo de la provincia de donde le viene aquella imponderable serenidad que hizo de su nombre seguro resguardo en contra de las intemperancias. De no estar dotado de una calidad espiritual a prueba de soledades e incomprendiones el aislamiento provincial hubiérale hundido en el silencio y la amargura. Qué terrible escuela del espíritu es la provincia. Náufrago es el escritor que vive en ella si no ha encontrado la tabla de salvación de su propia espiritualidad, conminada a reflejarse en los lejanos espejos que la distancia depara. Hay la disyuntiva de perecer o volcarse a los adentros en la búsqueda angustiada de las sales más hondas.

Julián Sorel salvóse porque tenía y mantenía aquel estrato de indeleble prosapia vocacional. Aunque el imperativo económico le llevara por senderos ajenos al cultivo de las letras, al fin éstas primarían y el escritor se sobrepone al medio social y económico. Porque, en nuestras landas se llega a ser escritor a pesar de todo. Nada hay que estimule la función de los creadores de la cultura. El inmenso caserón de la provincia serviría en el caso particular de Domingo Melfi, de diapason que daría la tónica de su existencia literaria. Los factores anotados más una permanente lectura de los maestros franceses influyeron en su temperamento. No en vano elige como pseudónimo el nombre del personaje de «Le rouge et le noir». ¿Consciente lección para significar que compartía un estado de espíritu afín? Pero Melfi tenía de stendhaliano su amor por la vida fundamental y una displicente actitud, que era su tristeza de señor, por lo accesorio y aquello que no toca sustancialmente su destino humano. Podría afirmarse que cogió de Francia la difícil facilidad que en su estilo se revela como preciada conquista literaria. De su patria natal, un innato sentido de la música que da a sus períodos la suave cadencia de una sinfonía en la que no pudieran concebirse las disonancias ni la monotonía. En Chile, país escaso de estilistas, sorprende el mensaje de un escritor, aquende la capital, que fuera de decir cosas nuevas las diga con donaire y belleza.

El mensaje de Domingo Melfi está muy de cerca

conjugado con el que Lastarria nos dictara en el año 1842. Y esto que no parece nada nuevo lo es en virtud del amor serio a que induce la patria y la tierra por ver formas definitivas en el arte criollo o nacional y continental. Veamos qué dice en algunas consideraciones sobre la novela americana allá por el año 1932: «América no ha escapado a las influencias europeas y lo que los escritores de los países hispanoamericanos no pueden eludir, es condensar, en las creaciones literarias, con un arte limpio y vigoroso, nuestras transformaciones interiores, nuestros problemas y sobre todo el hombre nuestro, capaz de producir, en la creación novelesca, por su verdad y su fuerza, esa emoción humana que el lector de todas las tierras busca a través de los libros». Su temperado amor por el arte verdadero no podía olvidar jamás en su cátedra cordial en la que aconsejaba con la sonrisa en los labios el camino más corto para el encuentro del escritor—su vena y destino—sin olvidar indicarle las tendencias que un tiempo y un espacio exigían. Cuánta diferencia con los acartonados aristarcos que levantan su patrón ideal de literaturas extranjeras y pretenden imponerlo como considerátum para moros y cristianos. Importábale el caso individual del artista y luego por proposición, que no por imposición, la órbita general en la que debía desenvolverse. Indiscutiblemente que don Domingo Melfi levantó en Chile una bandera de dignidad para la crítica literaria. Dignidad conquistada con los fuegos de la justicia y la comprensión. Muy lejos estaba

su espíritu de la rigidez y el empaque académico, atributos que suelen hacer temidos a ciertos críticos, pero no respetados. Y no es que Domingo Melfi siempre hubiera entonado loas o gratificado con juicios generosos. En «Dos Hombres» se le escucha decir con su acento peculiar de serenidad acerca del gestor del movimiento del 42: «Con Lastarria, Chile ha sido injusto. Mientras que otros que hicieron menos en el orden intelectual, yerguen sus magras figuras en el bronce, la de este luchador aún espera la justicia de sus compatriotas. Lastarria encendió fieras pasiones con su paso airado y vehemente. No lo perdonaron. Y quizá es de los pocos que merezcan en verdad, la eternidad del mármol». No se trata, en realidad, de un hombre débil como muchos creen ver en la bondad de sincero cuño que alienta a ciertos espíritus, y que, ciertamente, no fué el caso de Domingo Melfi. Su bondad nacía de una real condición humana. Tampoco nos encontramos con el mesianismo de poner la otra mejilla porque nos pegaron en una. Al hablar de Portales en el libro ya citado, dice: «Portales recogió sin él quererlo la tradición de la encomienda que establecía un silencio forzado sobre el habitante del suelo. A Portales la tierra no le preocupó como el elemento generador de un orden social futuro a cubierto de luchas dolorosas». Fustigaba con el látigo de la justicia y la historia, aun cuando los fustigados fueran los poderosos.

Pero veamos un juicio de acierto sin igual y que, a pesar de los años transcurridos desde que se lo formu-

lara, conserva una actualidad viva. Expresa en «*Dic-tadura y Mansedumbre*»: «Chile es un país irónico y descontentadizo. Su burla es inmóvil y penetrante. Siempre quiere nivelar y desconocer los méritos. Su espíritu crítico es negativo; tiene mala memoria y su desconfianza cazarra hiela los mejores intentos. Hay por delante una tarea ineludible de afirmación, de saneamiento, de revaluación de las posibilidades y excelencias de que está llena nuestra raza». Como crítico de corazón bien puesto no sólo veía los defectos, sino que también las cualidades y son éstas las que le interesan fundamentalmente para restablecer la grandeza de su patria adoptiva y tan cara que resulta más chileno que los que han nacido en su suelo pero que viven mirando latitudes extranjeras. Hecho de amor está su mensaje y de amor constructivo porque buscó siempre, entre la balumba de males y malicias, al revisar nuestro pensamiento y nuestra literatura, aquello de positivo y valioso que pudiera servir para la historia y para la juventud de la cual fué un inestimable sostén espiritual.

Ahora que ha muerto, su ausencia irreparable nos permite volver los ojos sobre un hombre que había hecho de su carrera de escritor un altar de sagrada tarea creadora. Surgen sus atributos, nimbados con el aura de la responsabilidad, a preguntar, ¿qué será de nosotros si Domingo Melfi partió para siempre? Y es que las letras nacionales pierden un valor prematuramente cegado. Un valor que lo sentíamos dotado de todas las

excelencias que se requieren para juzgar la literatura pretérita y presente con la sagacidad, tino y ecuménico sentido de las proporciones que reveló siempre en sus escritos. La obra revisada, aquella que organizó en su tránsito vital, habrá de ser inamovible jalón de su paso por la historia literaria de Chile.

Pero aparte de su labor como escritor hay una actitud que fué la instancia y prestancia de su vida. Aquella serenidad que fluía de su espíritu como una luz natural y que lo envolvía en los rayos de una perfecta ubicuidad humana. Ciertamente que Domingo Melfi nos deja una lección: quienes le conocieron podrán aprenderla en letra viva, quienes lo leyeron y leerán sabrán madurarla mejor y durablemente. En el escritor y en su vida se dieron los dones, escasísimos dones, de la dignidad y ponderación literarias.

Domingo Melfi y los jóvenes

Siempre, y en todas partes, la juventud literaria ha buscado ser acogida por los maestros, hallar en ellos la palabra que ponga en vuelo sus ilusiones. Aun espiritualmente, buscando la voz del más allá, al otro lado de los mares. Suele esa juventud sufrir desilusiones. Los maestros, generalmente los de menor jerarquía espiritual, rechazan, brutalmente, muchas veces, la nueva voz que viene, aquello que pugna por salir a la intemperie. Aquí, en Chile, por ejemplo, hay valores que, editadas sus obras en España, en toda América, en Moscú y en tal vez qué otras latitudes, dicen, displicentemente, no conocer las nuevas expresiones literarias de nuestro país, destacando en cambio nombres de una medianía indudable. Cuesta, pues, encontrar al hombre en quien confiar. Al guía sincero, pero sobre todo, al que tenga la entereza de proyectar la obra del que viene llegando.

Por eso, la muerte de Domingo Melfi tiene que

afectar profundamente a los escritores más nuevos, a los que empiezan. Adentro de ese hombre alto, un poco tosco, que reía sinceramente, había un ser comprensivo. Las nuevas firmas aparecían en «Atenea», esta revista que dirigió durante tanto tiempo, y representaban, siempre, las más diversas tendencias estéticas. Ningún grupo más combatido y combatible, acaso, que el de «Mandrágora». Los integrantes de él estaban prácticamente imposibilitados para colaborar en cualquier diario o revista. Después, este grupo joven, soberbiamente, ni pisaba esas redacciones. Eso, después de todo, perjudicaba el conocimiento que debemos tener de nosotros mismos. Domingo Melfi, en cambio, publicó sus producciones, los acogió cada vez que le llevaron sus trabajos.

Y es que más allá del pequeño rencor, estaba la fuerza dignamente humana para medir las actitudes. Por algo Melfi era un verdadero escritor, un artista atento a las manifestaciones de los otros, que, claro, eran íntimamente, las mismas de él. Podría agregarse a ellos el conocimiento que poseyó, por la observación y el estudio, de nuestra vida ciudadana, circunscrita por extraños matices.

Y es que por esas observaciones pasaba la vida chilena en amplios caudales. La desintegración de una parte de nuestra ciudadanía, desintegración moral más que todo, retratada en los tipos de su último libro publicado «Tiempos de Tormenta», nos daban hasta

el detalle muchas veces invisible, que a sus ojos, sin embargo no escapó, tratándolo, por el contrario, haciéndole surgir, donde existían, raíces descompuestas, signo y símbolo de lo que caía al peso de tantas putrefacciones imprevistas. Resultaba duro, pues. Porque esa clase que él retrataba, arrastrándose en lujos y cobertores, pero entre abominables circunstancias, frutos de la corruptela que les invadía el pecho, tiene defensores gratuitos, ese defensor que la clase retratada repugna soberbiamente, porque le siente distanciado, fruto que no es de ella, vástago de aire no saturado por estudios y encomiendas...

En el terreno literario, las observaciones de Melfi fueron también de altas visiones.

En el «Viaje Literario» tocó, con la misma sutileza, los problemas y los aspectos que, como escritor, le concernían sobremanera. El capítulo que dedica a Rubén Darío y a su permanencia en Chile, está lleno de sugerencias, amplio en informaciones profundas, de una humanidad conmovida, justamente dando a conocer el esfuerzo, la persistencia, el templarse el pecho que todo escritor nuevo cursa, debe cursar.

Un hombre que, como Domingo Melfi vió todo eso, lo sintió y dejó testimonio, tenía que tener franca, amplia actitud de compañerismo con los que empezaban. No es porque ahora sus huesos descansan en el silencio de la tierra. Es por la justicia que demostró, por esa rotunda sed de decir verdades, esas verdades

que, en el periodismo no pudo usarlas, pero que las cogió globalmente cuando analizó más hondamente sus tópicos humanos y espirituales, por lo que ahora acompañamos reverentes el secreto permanecer entre nosotros de este hombre que no tuvo reparos en ser amigo, compañero de ruta, destino, tránsito tal vez.

→

Antonio Zamorano Baier

Domingo Melfi

Cuando se va para siempre un hombre por quien sentimos una estimación profunda, no exenta de afecto, nos parece que lo encontraremos cualquier día en los sitios en que habitualmente acostumbábamos a verlo o a charlar con él. Lo mismo está sucediéndonos ahora cuando la radio nos anunció esta mañana que hacía pocas horas que Domingo Melfi no existía más. Esperamos encontrarlo en la redacción de un diario, en el corro de literatos y amigos, y hasta tal vez esperando un día el carro con su gesto peculiar y displaciente.

Domingo Melfi pertenecía a esa clase de hombres inconfundibles por su personalidad y su sello típico, hombres en cuyo rostro y ademanes se transparenta el alma, como esas aguas limpias que permiten ver el fondo que las conduce.

Lo conocimos en Talca, su «Tebaida Gris», en la dirección del diario «La Zona Central», hoy desaparecido, y ya desde entonces nos dimos cuenta cuál era

la clave de su personalidad. En don Domingo había mucho del maestro, del profesor con elevación y trascendencia, del que tiene un hondo mensaje que entregar a su país o a sus contemporáneos. Nunca después de nuestro primer encuentro de Talca lo vimos fuera o desconectado de la prensa, porque la prensa es el sitio natural para enviar los mensajes con rapidez y a larga distancia. Tenía siempre algo que corregir, que enmendar, que vapulear. Su actitud era siempre, en el fondo, la de un gladiador armado de una pluma, o de una máquina de escribir, para ser más real, en son de lucha; pero con la ponderación, la medida, la elegancia sencilla y la claridad diáfana de un profesor, de un verdadero profesor.

Esta posición de combate o de crítica, en el sentido de censura, se le podía descubrir hasta cuando quería ser un simple periodista objetivo que constata hechos, o cuando tomaba para su análisis los temas literarios o intentaba relatar sus viajes por Magallanes, Argentina o Estados Unidos. Y para qué decir que tal disposición de ánimo se encuentra en sus ensayos de índole social o política, en lo que es más ostensible su tendencia docente al dirigirse de preferencia a la juventud.

Ha sido, pues, en virtud de este estado de ánimo de permanente docencia que el ensayo es el género preferido de literatura que Domingo Melfi cultivó. En balde le insinuaron sus amigos que ensayase la novela, en especial la novela social, porque él se va-

ciaba siempre en el ensayo que se adaptaba mejor a la índole del mensaje que traía para el mundo, ese mensaje que se nos ocurre que todos traen por el sólo hecho de existir; pero que no todos entregan, porque les falta tiempo o habilidad.

Es por eso también por lo que el periodismo tenía que ser la cancha natural del ensayista. Un periodista de verdad, de la altura y de la envergadura moral de Melfi, no puede ser otra cosa que un maestro sin aula, pero que tiene conciencia de que su palabra está siendo recogida por millares de alumnos invisibles.

Y, creemos que si no cultivó más que el ensayo fué porque allí encontraron, con Melfi, cabida todos los demás géneros literarios. En «Dos Hombres», libro en que analiza a Portales y Lastarria, logra adentrarse tanto en la intimidad de sus personajes que bien podría decirse que allí hizo novela. En «Viaje literario» hace historia con la amenidad que Macaulay requería y practicaba para el género. En sus narraciones de viaje hace poesía de la más límpida estirpe. Y ahora, en su última producción, «Tiempos de Tormenta», fresca aún de tinta de imprenta en el instante de su muerte, asoma el artista lleno de humanidad y delicadeza: recordad aquel perrito que en la Quinta Avenida de Nueva York hace que esas gentes febriles de las grandes ciudades se aglomeren a su alrededor. Aquí también el moralista que reconviene sin herir: recordad aquel vendedor callejero que corre tras él para devolverle un «cent» que ha pagado en exceso.

Pero cualesquiera que fuesen los temas que abordase, el artista estaba allí en sus escritos, sin gritos ni estridencias, sin ese afán de imponerse que suele ser desagradable hasta en los hombres de valer. A este respecto, recordamos que una vez se resistía a publicar en su diario un artículo nuestro con cuyas líneas no concordaba, pero tan pronto le hicimos presente que aquel escrito llevaba nuestra firma, dejó de argumentar y el artículo apareció al día siguiente sin suprimir una coma. Así era de amplio y tolerante como de diáfano y claro. Como ensayista de libro o de periódico, Domingo Melfi había adquirido una maestría en que campeaban las cualidades hermosas que se le han atribuido al genio francés: claridad, mesura y elegancia.

La transparencia y el caudal de sus ideas son el reflejo exacto de su espíritu.

El periodismo y las letras nacionales tienen razón para estar hoy con sus banderas a media asta.

Santiago, 11 de enero de 1946.

Carlos*Prieto Aravena

Domingo Melfi Demarco

La noticia, en mi oído, sonó extraña, extravagante, increíble.

Pero sonó muy honda y certeramente.

¡Ha muerto Domingo Melfi!

Las columnas de redacción de este diario lo han dicho ellas mismas: en la primera información no hubo espacio, ni tiempo, ni serenidad de la mente para trazar las líneas, siquiera indispensables, de la complicada y simple silueta espiritual de Melfi.

El periodismo tiene sus deberes.

Pero esa silueta está trazada ya, como su biografía y como el busto desnudo o la «cabeza de estudio», que en buena piedra o mármol, alguien que sepa de arte y sentimiento, pronto habrá de burilarle.

Domingo Melfi, como todos los poderosos del pensamiento, está vivo y palpitante en sus obras. Su especialidad misma no es, precisamente, la que interesa al gran público lector.

Que fué grande y esforzado periodista; que cultivó las letras más difíciles en el ensayo, el análisis, la crítica; que disfrutó de esas facultades tan raras y especiales para sincronizar y sintonizar todas las expresiones artísticas que llegaron hasta su acucioso oído y su retina, eso sí que se puede decir de él sin restricciones.

Y yo, que desde el rincón de mi vida física y literaria, le dedico estas pobres palabras que no podrán darle mayor gloria que la que él mismo se conquistara con su desesperante modestia, yo debo confesar que en el fondo de ese noble espíritu chileno del que Melfi fué un portaestandarte, sigue vibrando ahora, más que antes, la fe en nuestros valores literarios que él tanto defendiera.

Hoy mismo, ya es todo Chile quien se inclina por convicción ante la suprema figura lírica de Gabriela Mistral.

Ayer y mucho antes de los éxitos resonantes que nuestro femenino poeta máximo alcanzara en los ámbitos americanos y europeos, había muchos pobres chilenos que no comprendían ni creían en la personalidad enorme de la autora de «Los sonetos de la muerte».

Uno de esos pobres en bienes del espíritu, pero rico y opulento en lo material, creyó en aquel tiempo cosa fácil el levantarse una estatua para sí (de pies de barro), socavando con sus inclinaciones burguesas y bur-sátiles el sólido pedestal que ya se disponía para recibir y exaltar a la modestísima maestra de escuela que, después de sollozar «El Ruego», las «Interrogaciones»,

«Ceras eternas» y tantos otros poemas taladrantes, había de llegar por justo mérito a honrar a su pueblo conquistando el Premio Nobel de Literatura.

Fué entonces—cuando éramos tan pocos los que creíamos en Ella—y cuando era tan difícil combatir, entrar en duelo con quien tenía el «oro y el moro», que Domingo Melfi Demarco bajó desnudo a la arena de la palestra y en una polémica que recordarán todos los tiempos los periodistas, hizo morder el polvo de su propia incomprensión e ignorancia a aquel pobre rico, negado a todas las más sublimes manifestaciones artísticas.

Pero hoy, Melfi ya no escribe.

Su pluma vivirá, sin embargo. Era de ayer, era de hoy y será de mañana. Era moderna como una estilográfica. Y él la mantenía repleta con buena tinta de sentimiento.

Mario Ciudad Vásquez

La actitud final de Melfi

El cambiante mundo externo y el fluir ininterrumpido de la subjetividad, hacen que el ser humano vivan en permanente devenir. Los sentimientos, las imágenes, las tendencias, las ideas, los deseos, las voliciones se suceden en una atropellada y compleja continuidad. Esta persistente variabilidad parece ser una de las dimensiones esenciales de la psiquis.

Empero, tras esta proteiforme consistencia de la substancia espiritual es posible encontrar siempre ciertas constantes; algunos caracteres dominantes y comunes a períodos más o menos extensos; determinadas actitudes centrales que posibilitan distinguir etapas en el incesante e imprevisible proceso de la existencia. Claro está que a lo largo de la vida estos ademanes fundamentales también cambian, pero cada uno de ellos es característico de la época a que corresponde, y todos parecen confluir en la constitución del último, del más complejo y evolucionado.

¿Y cuál fué la actitud primordial de Melfi de los últimos años que únicamente tuvimos oportunidad de conocer? ¿Cuáles sus propensiones, su disposición más definida, en suma, aquélla su postura espiritual que muestre por lo menos un aspecto esencial de su personalidad de literato y periodista?

En este breve esbozo, trazado con la agitación y la urgencia que apremian al periodista, sólo podemos acudir a dos claves, las más inmediatas: «Casa Grandes» y «Sinceridad», a Luis Orrego Luco y al doctor Valdés Canje. Eran citados a menudo por él, en sus conversaciones y escritos. El espíritu de ambos, o mejor, el mismo espíritu imbuía a ambos y a Melfi.

Un pedruzco que rueda al desprenderse de una roca no preocupa a nadie ni precisa de su interpretación especial. Si el mismo pedruzco cruza el aire impulsado por la mano traviesa de un muchachito, de inmediato el ser o el destino del proyectil se enriquece con el contenido psíquico del juego. Y si la piedra es lanzada por la mano del patriota contra el tirano, o contra alguna Bastilla en que se resuman los excesos cesáreos y a ella se unen miles más, y el ruido de los impactos es acallado por el rugido de la muchedumbre, entonces las cosas inanimadas se animan, aparecen dotadas de una significación social e histórica, exhiben un sentido,

Domingo Melfi no se preocupó teóricamente de estos asuntos. Hasta es posible que desconociera las valiosas y múltiples investigaciones de la filosofía contemporánea sobre la cultura. Pero en sus dos últimos

libros, principalmente, en el «Viaje Literario» y en «Tiempos de Tormenta», se le ve entregado de lleno al afán de captar el sentido, de interpretar hombres y circunstancias. Y en sus también últimos artículos periodísticos, se advierte la misma nota predominante.

¿Cómo ubicar a Melfi en esta tarea?

El historiador, comprendido en el sentido más amplio, y el periodista tienen un alma afín. Chile es país de historiadores y periodistas. Los nombres forman legión. Citamos únicamente dos. Uno algo lejano, Vicuña Mackenna, y otro más reciente, Alberto Edwards. E ilustramos la similitud, en esta obligación de dar sólo brochazos, con una semejanza evidente entre los dos modos de encarar los acontecimientos: el cronista y el reportero narran; el historiador interpretativo, el de mayor rango, y el redactor de un diario, comentan. Sólo que uno glosa el presente, y a veces hasta lo que sobrevendrá, o cuando menos, examina lo de recién ayer, mientras el otro, el historiador, fija la mirada en el anteayer.

Como en tantos otros, en Melfi coexistían ambos espíritus. Evidentemente no fué un historiador, pero cultivó un género literario muy próximo, el cual exige dotes de comprensión histórica. Desde luego, hizo historia literaria y, en seguida, su penúltimo viaje, el anterior al definitivo de su muerte, el que tomó forma y densidad de libro, constituye un intento de hacer revivir una época de la espiritualidad chilena a través de bellísimas viñetas. Asimismo, «Tiempos de Tormenta»,

la inmediatamente anterior a la última que lo abatió, es una reconstrucción de un momento señalado de la sociabilidad chilena. De ahí, además, su pláceme por la historia tal cual la entiende y cultiva don Francisco Antonio Encina.

Pero hemos de circunscribir aún más el campo en que se desenvolvió Melfi en los últimos años, justamente cuando lo conocimos personalmente y lo vimos a diario.

En la búsqueda del cómo fué y del sentido, en el relato y la explicación, tal como aparecen en el periodismo que enfocamos, mostró Melfi predilección por las circunstancias aparentemente insignificantes, no por las existencias o los hechos culminantes. El remate de un viejo palacio santiaguino superficialmente era una subasta más; pero en realidad no era insignificante. La voz vertiginosa del martillero no ofrecía joyas, vajillas, pinturas, muebles, pues pregonaba significativamente el advenimiento de una nueva clase social en Chile y la correlativa postergación de otra. Esto lo columbró Melfi con aguda claridad.

En «Un Pequeño Detalle», publicado en «La Nación», el pequeño detalle de la evolución de un centavo dado de más le revela el carácter de un pueblo. «El Perro Estrafalario de Nueva York», «Aspectos de la Democracia en Estados Unidos», «La Soledad en Nueva York», etc., también aparecidos en «La Nación», constituyen otras tantas pruebas de su inclinación a buscar los estratos profundos del individuo o

de la colectividad en... los pequeños detalles. Y la elección de este tipo de material como punto de partida torna ardua la tarea, pues requiere una sensibilidad finísima.

Así vimos a Melfi en el último lustro. Para quienes lo estudien sin prisa y desde todos los enfoques, he ahí una dirección posible para comprenderlo.

Así conocimos a Melfi. Dedicado a revivir el pasado, a interpretarlo, escudriñaba desde el ángulo del ensayista y desde la perspectiva del periodista. Buscaba sentidos con un criterio entre sociológico y artístico, cuando la muerte lo apartó de la sociedad de sus amigos, de la belleza que le era tan cara y lo precipitó en el mundo misterioso del sin sentido...

Luis Durand

Adiós a Domingo

Y ahora, al final de estas páginas, en que sus amigos y compañeros de letras, han dicho lo que pensaron de usted querido Domingo, yo no sé qué decirle porque hay en mi corazón una rara emoción, una recóndita tristeza que me impide dar forma a todos aquellos momentos de nuestra amistad a lo largo de veinte años que se pasaron fugaces como una rápida visión en la cual hubo anhelos, ilusiones, esperanzas y todo esto que es la vida antes de dormiros definitivamente.

Oigo afuera cantar los pájaros y su dulzura melódica parece quedarse en la luz, suspendida, como un encantamiento que desearíamos aprisionar para llevarlo dentro del pecho y que nos sirviera de amparo frente a lo incierto, a lo inesperado, a esa mañana que nadie está seguro de ver, porque ese es nuestro efímero destino. Temo decirle en estos instantes palabras cursis, ante las cuales usted, sonreiría con esa amable cordialidad tan suya, para mirar sin actitudes de magister, todo afán que no alcanzaba a realizarse, pero que se

ennoblecía en el intento de trasuntar belleza. Y era que había en usted, Domingo, no sólo el hombre que amaba el arte por lo que nos da en gozo y emoción estética, sino un hombre trascendido de humanidad. En su alma, como una oculta vertiente de honda pureza, el sentimiento sin alarde ni aparente simulación, era el poderoso estímulo que daba calor a la amistad y la hacía arder en permanente luz de efusiva comprensión.

Yo no sé decir palabras trascendentales, ni en mi mente se albergan esas disciplinas intelectuales de las que se hace tanto caudal ahora. Soy un hombre que me guió por el sentimiento y él deja huellas que se hacen más sensibles cada día para penetrar en ese misterio de nuestro yo que nadie sabe hasta dónde puede llegar. Y siempre que lo recuerdo, cada vez que su sonrisa, en el recuerdo, me hace saltar el corazón, pienso en esos días en que éramos buenos compañeros y me daba usted un consejo, o una palabra de estímulo cariñoso, cuando en el diario yo había escrito algo que le agradaba y que había coincidido con usted en la manera de expresarlo.

Me doy cuenta que al escribir estas líneas, he tomado sin darme cuenta, el tono epistolar. Y no quiero rectificarlo, pues me parece que usted no ha desaparecido de nuestro afán cotidiano; porque no pasa nunca un día sin que alguien diga: ese día que fuimos con Melfi... A Melfi le gustaba mucho ese libro... Son voces espontáneas del afecto que permanece vivo

y cordial, como en una conversación amable que no ha de terminar.

Recuerdo que un día mi hijo estuvo enfermo en la Asistencia Pública. Y de pronto vió que usted entraba a verlo. Y más tarde, cuando yo llegué, lo vi con los ojos brillantes y una ráfaga de felicidad en el rostro para decirme: «Papá, me vino a ver don Domingo. ¡Qué gran persona es! ¿Verdad?». Yo nada le dije, pero recordé que muchos años antes, yo también estuve enfermo en un hospital de provincia. Y allá llegó Domingo a verme un día de sol, una mañana en que cantaban los pájaros y la luz era una fiesta vibrante en el aire de un luminoso otoño. Sin embargo, yo estaba enfermo, más que de males físicos de esa terrible soledad, que sólo uno siente hasta qué punto es de grande, y que jamás logra expresar. Y cuando llegó el amigo me pareció que todo cobraba alegría, optimismo; esa felicidad de hombres que tuvieron la suerte, de saborear ese milagro que es la verdadera amistad.

Una tarde en la Feria del Libro, en la Alameda, leí yo un trabajo sobre su personalidad literaria. Y usted Domingo no me dijo nada, sino que se reía gozoso, como un niño, sujetándome la mano. Y el calor de su mano me transmitía su afecto, me decía tantas cosas que las palabras no hubieran podido decir. Otra noche, la víspera de su viaje a los E. E. U. U. yo le ofrecí la manifestación y usted, hombre que se cuidaba mucho de no demostrar excesivamente sus sentimientos, tenía los ojos húmedos y me miraba con esa

mirada que sólo la amistad leal puede dar su más expresivo significado.

Me ha tocado organizar en «Atenea», este homenaje a su recuerdo. Y le agradezco a don Enrique Molina su designación, para sucederle en la dirección de esta revista, porque ello me ha dado oportunidad, de demostrarle una vez más mi amistad y mi afecto. Mi cariño por mejor decir ¿Por qué los hombres no se han de querer con esa noble pureza que provoca la afinidad espiritual?

María, su esposa, la otra tarde me dijo en el jardín de su casa, con los labios trémulos y la voz nublada: «He comprobado, Durand, que de pena no se puede morir». Sin pensarlo, expresó nítidamente hasta qué punto la desgarraba el dolor de su ausencia. Y Mariano Latorre al encontrarse con Ramón Valenzuela, al día siguiente de su partida, le dijo: Con la muerte de Domingo, muere también una parte de nuestra propia vida...

Así espontáneamente han surgido frases que demostraron que usted Domingo, era, en nuestra amistad, parte de nuestra vida espiritual. Oigo cantar afuera a los pájaros como en esa mañana en que usted me fué a ver a un hospital provinciano, para después ir a tomar el tren. En este otro viaje uno no sabe cuándo lo tomará. Adiós, Domingo.